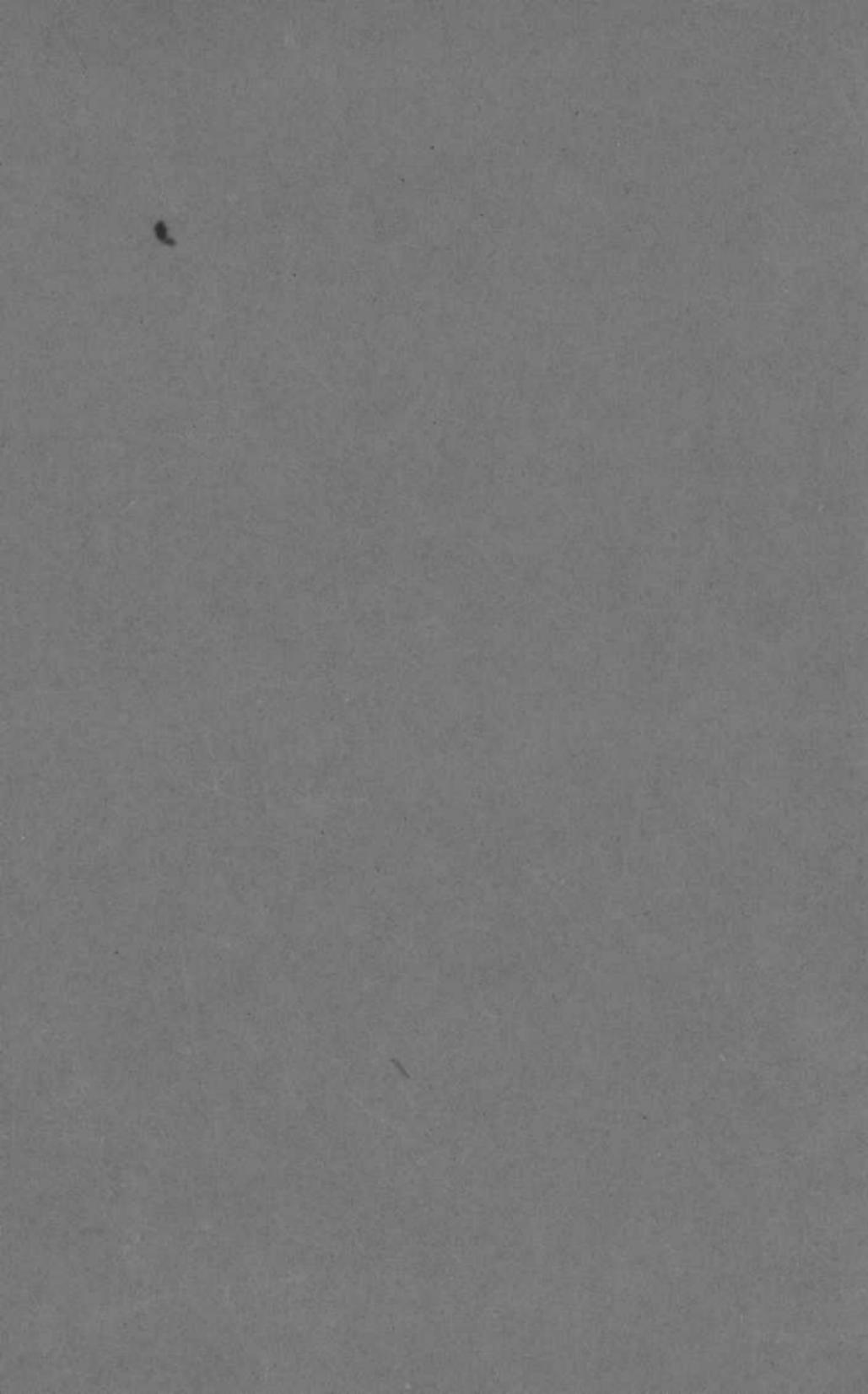


31

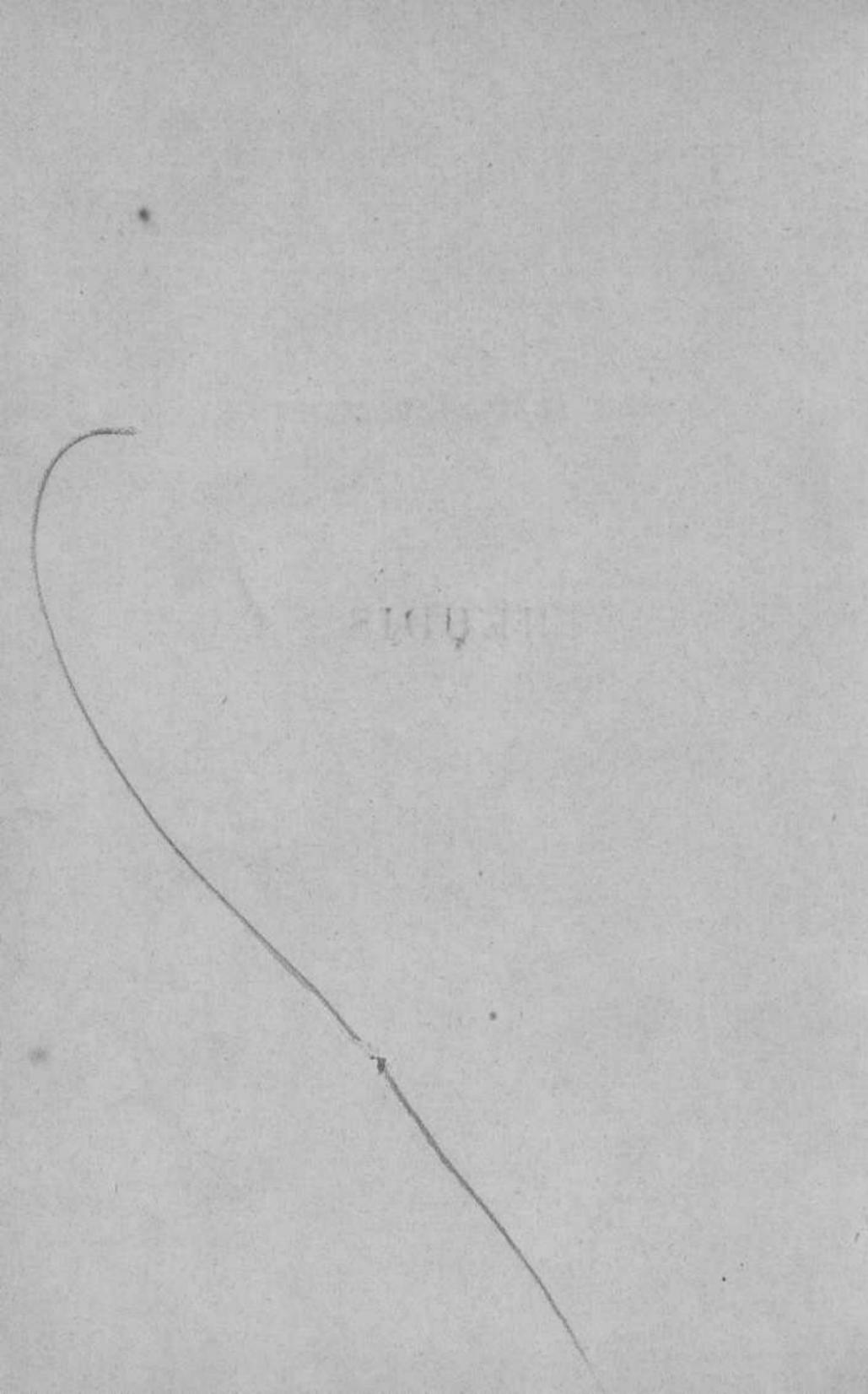


5631





THEUDIS



# THEUDIS

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

**D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO**

---

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO ESPAÑOL la  
noche del 20 de Noviembre de 1878



MADRID

IMPRESA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL  
calle de la Flor Baja, núm. 22.

—  
1878

## PERSONAJES.

## ACTORES.

BALTA (18 años).....	Spta. MENDOZA TENORIO.
TUSCIA (50 id.).....	CALDERON.
EURICO (25 id.).....	Sr. CALVO (D. Rafael).
THEUDIS (60 id.).....	JIMENEZ.
USALDO (50 id.).....	MARTINEZ.
HUNERICO (20 id.), PAJE DE	EGEA.
LANZA.....	MIRALLES.
UN PAJE.....	
UN LIBERTO.....	
GUARDIAS.	

---

*La escena es en Barcelona, en 548.*

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática titulada *El Teatro*, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

*Atrio de la quinta de Balta, en Barcelona.—En el fondo, en último término, jardín, del cual separa el atrio una galería de arcos, que forma el vestíbulo.—A ambos lados del proscenio puertas ó pasadizos que comunican con las habitaciones.—Triclinios ó lechos romanos, y un sitial al lado de uno de ellos.*

### ESCENA PRIMERA.

TUSCIA y BALTA.

(Al levantarse el telon está Balta hácia el jardín, y despues de un momento viene á recostarse en un triclinio, dando muestras de gran abatimiento.)

BALTA. ¡Y aún no viene! Quizá halló  
En el combate la muerte.  
¡Qué desdichada es mi suerte!  
¡Por qué le ví ni me vió...?

TUSCIA. (Saliendo por la izquierda y viniendo hácia Balta.)  
Contra este presagio triste  
En vano el pecho batalla:  
Ya llegan todos... y él...

BALTA. ¡Calla!

TUSCIA. No: mi Enrico ya no existe.

BALTA. Con tan triste pensamiento  
¿A qué afligirte?—Quizá  
Salvo y cerca de ti está,  
Y es en vano tu tormento.  
(Aparte.) ¡Ay! ¡No sé cómo esconder  
Mi propia ansiedad y pena!

TUSCIA. Tú puedes estar serena;  
Mas su madre, ¿qué ha de hacer?  
Escaso, Balta, mi amor  
Fuera, si al ver su tardanza  
No sintiera la esperanza

- Turbada por el temor;  
Y ya tarda mucho, sí.
- BALTA. No te estés martirizando,  
Tuscia, ni me sigas dando  
Tan fiero tormento á mí.  
¿Mi suerte, di, tan cruel  
Será, que habiendo perdido  
Al padre mio querido,  
Le pierda tambien á él?
- TUSCIA. (Sorprendida.) ¡Balta!
- BALTA. (Levantándose.) Pues si él no viviera,  
¿Para qué vivir querría  
Yo?
- TUSCIA. ¡Balta, Balta, hija mia!  
¿Le amas?
- BALTA. Con el alma entera.  
¿A qué ya lo he de callar  
Si él lo sabe? Y tú, que eres  
Su madre y tanto le quieres,  
¿Para que lo has de ignorar?
- TUSCIA. ¡Hija! Desde el triste dia  
En que, tras infausta guerra,  
Fugitivos á esta tierra  
Llegamos, con alegría  
Tu noble padre nos dió,  
Más bien que hospitalidad,  
Franca y cordial amistad,  
Que pagar no supe yo;  
Y si ahora tú sus favores  
Colmas, á mi Eurico amando.  
¿Cómo no he de amarte? ¿Cuándo  
Pagarte podré?
- BALTA. No llores,  
Ni pienses, Tuscia, que así  
Estés conmigo obligada:  
Ni á mi padre debes nada,  
Ni me lo debes á mí.  
Si él os quiso aquí hospedar,  
Su deber sólo cumplió,  
Que, hijos de su raza, os vió  
De Italia errantes llegar.  
Y yo, dime: ¿cuánto amor  
No debo, á quien bondadosa,

Como madre cariñosa  
Me consuela en mi dolor?

TUSCIA. Mas mi hijo, perdido todo,  
Pobre ya, sin esperanza...

BALTA. Tiene su brazo y su lanza,  
Y eso hasta a un noble godo.  
Y el rey Theudis le dará  
Su favor, y engrandecido,  
Lo que en Italia ha perdido  
En España encontrará.

TUSCIA. (Aparte, estremecida.)

(¡Theudis!) El Rey...

BALTA. Se le aclama

Por bondadoso y humano,  
Y es mi deudo, aunque lejano,  
Y con ternura me ama.

TUSCIA. Dicen que casado fué  
En Italia, y al venir  
A España, debió morir  
su esposa.

BALTA. La historia sé,  
Y esa mujer no murió;  
Pero fué esposa liviana,  
Que le ultrajaba villana,  
Y él, justo, la repudió,  
Tomando otra esposa.

TUSCIA. Sí,

Romana de gran poder  
Y riqueza, por quien ser  
Monarca logró... (Aparte.) (¡Ay de mí!)

(Pausa.)

BALTA. ¿Qué piensas?

TUSCIA. ¿Qué pensar puedo

Sino en mi Eurico? Es extraña  
Su tardanza: la campaña  
Fué ruda, y de su denuedo  
Lo temo todo; que no  
Me olvido de que al partir,  
Cuando á la guerra seguir  
A tu padre decidió,  
Te dijo con noble brío:  
«Del suyo pondré mi pecho  
Por escudo...»

## ESCENA II.

DICHAS y EURICO, que oye al entrar las últimas palabras.

- EURICO. Y eso he hecho;  
Pero en vano fué.
- TUSCIA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Hijo mio!
- BALTA. (Tendiéndole las manos, que él estrecha.) ¡Eurico!
- EURICO. Balta, cumplí  
Con tu padre mi deber:  
El pudo sin mí caer,  
Pero ántes que él, yo caí.  
Apenas nuestras legiones  
Llegaron á la montaña,  
Abriendo activa campaña  
Contra los fieros vascones,  
Cuando tu padre brioso,  
Siempre al peligro el primero,  
A un golpe de lanza fiero  
Debió sucumbir glorioso.  
Pero estaba yo á su lado  
Siendo su escudo y loriga,  
Y aquella lanza enemiga  
Vino á hundirse en mi costado.
- BALTA. (Con gratitud.) ¡Eurico...!
- TUSCIA. (Aparte; gozosa.) (¡Qué noble!)
- EURICO. Yo.  
Despues postrado en el lecho,  
No pude ya de su pecho  
Ser escudo: sucumbió  
Alcanzando otra victoria  
Con su incomparable brío  
Como un héroe.
- BALTA. ¡Padre mio!
- EURICO. No llores, Balta, su gloria.
- TUSCIA. Mas como há tiempo que aquí  
Esa nueva habia llegado,  
Inquieto nuestro cuidado  
Estaba, Eurico, por tí.  
Y juzgué tu muerte cierta

No viéndote ayer llegar  
Con la huesta.

EURICO. Caminar

No pude tanto.

TUSCIA. (Con inquietud.) ¿Aún abierta  
Tu herida...?

EURICO. No; mas, no sé,  
Me falta á veces aliento.

TUSCIA. Hijo, descansa un momento.

BALTA. Descansa, Eurico. (Le hacen sentar.)

TUSCIA. Yo iré  
A prepararte, hijo mio,  
Con que puedas el vigor  
restaurar.

BALTA. Tuscia, á tu amor  
Ese cuidado confío.

(Váse Tuscia por la izquierda.)

### ESCENA III.

BALTA y EURICO.

BALTA. ¿Conque es verdad, Eurico, que te veo  
Tras de esta larga y dolorosa ausencia?  
¡Oh! Déme aliento y vida tu presencia:  
Te estoy viendo ante mí, y aún no lo creo:  
No, no sabes, Eurico, cuánto llanto  
Han vertido mis ojos: desde el día  
En que la nueva dolorosa vino  
Que mi orfandad amarga me decia,  
Al llorar por mi padre en mi quebranto  
Triste en mi amor pensaba de continuo  
Que á tí jamás tampoco te veria.  
Pero al fin en tu vista ya saciados  
Pueden, Eurico, ser mis tristes ojos:  
Bellos no los verás, mas sí apagados,  
Pensarás que el amor los puso rojos.

EURICO. (Levantándose.)

Balta, Balta, no aumente esa mirada,  
No aumente así tu amor mi pena impía,  
Que es la luz de esos ojos apagada  
Fuego de tempestad al alma mía...

¿Por qué te vi? ¿Qué soy? ¡Ah...! perseguido,  
 De Italia huyendo el yugo del romano,  
 Con mi raza vencida fui vencido,  
 Y lucho aquí con mi destino en vano.  
 Por mostrar mi valor y mi nobleza,  
 Y á ti poder unir mi oscura suerte,  
 A la guerra volaba con fiereza  
 Ansiando gloria ó encontrar la muerte;  
 Pero sin gloria vuelvo, y con la vida,  
 Y sólo en los combates hel ogrado  
 Del soldado infeliz la triste herida,  
 Méenos profunda y méenos dolorida  
 Que la que abrió este amor desesperado.

BALTA.

¿Ingrato! ¿Quién tu nombre ó tu fortuna  
 Te preguntó jamás? ¿Esperé acaso,  
 Cuando tu pecho su pasion mostraba,  
 Saber si humilde ó alta fué tu cuna  
 Para que tú supieras que te amaba?  
 No: no disfraces tu ambicion ardiente  
 De amorosa ansiedad; dí que es tu anhelo  
 Sólo de lauros coronar la frente;  
 Dí que levanta tu ambicion el vuelo,  
 Y que, aunque de tu pátria perseguido,  
 Afan de gloria y de poder te acosa;  
 Y que ese corazon que no reposa  
 Para el amor no tiene ni un latido.

EURICO.

No, Balta, no; que el anhelar constante  
 Que siempre de mi vida fué tortura,  
 Si alas tomó, y aliento de gigante  
 Fué por subir al sol de tu hermosura;  
 Sí; yo no sé por mí lo que ambiciono.  
 Y á tí, ¿de qué te vale el amor mio  
 Si no he de darte por asiento un trono  
 Ni un reino en donde impere tu albedrío?

BALTA.

¿Un reino, un trono tú quisieras darme?  
 ¿Y qué méenos pudiera contentarme?  
 Ambiciosa cual tú, más, he nacido:  
 Forme ya nuestro amor dichosos lazos,  
 Y un reino, un trono dame; te los pido:  
 Reino, tu corazon; trono, tus brazos.

EURICO.

¡Oh, calla! No me mates, gloria mia;  
 No aumentes el dolor de mis dolores:  
 ¿A qué mostrarme un cielo de alegría

Si un Rey, por deudo tuyo, á mis amores  
De un palacio opondrá los esplendores,  
Que serán de mi amor noche sombría?

BALTA.

El Rey no estorbará nuestra ventura.

EURICO.

¿Y si tu amante pecho se engañara...?

¡Por piedad! No me muestres tu ternura,  
Que si es mía y el Rey me la quitara,

De mi acerbo dolor en la amargura

Enloqueciera, Balta, ó le matára.

#### ESCENA IV.

DICHOS, TUSCIA y UN LIBERTO.

TUSCIA. (Saliendo por la izquierda.)

¡Hijo!

UN LIB. (Apareciendo en el fondo.)

¡El Rey!

EURICO. (Con movimiento de ira.)

(¡Aquí el Rey!)

TUSCIA. (Estremecida.) (¡Theudis!)

BALTA. (Apurada.) (¡Dios mío!)

EURICO. (Retirándose hacia la izquierda.)

(¡Miserable de mí!)

BALTA. (Queriendo detenerle.) ¿Por qué te alejas?

TUSCIA. (Con viva emoción.)

¡Hijo del corazón!

(A Balta, haciendo ademán de irse.)

Dejarte sola

Debemos con el Rey; pero ya llega.

THEUDIS. (Apareciendo.—El liberto se retira.)

¡Balta!

BALTA. (Yendo á su encuentro.) ¡Señor...!

TUSCIA. (Retirándose, despues de mirar ansiosamente a

Theudis.)

¡El es! ¡El es! ¡Valedme

Cielos, y dadme para tanto fuerzas!

(Vánse Tuscía y Eurico.)

## ESCENA V.

BALTA y THEUDIS.

BALTA. ¿Tan pronto aquí, señor?

THEUDIS. Perdoná, Balta,  
Si ayer no pude la sagrada deuda  
Cumplir, que á cumplir vengo.BALTA. Mas sentaos  
Ó pasad á otra estancia.THEUDIS. Bien en esta  
Estamos, si tú quieres: á mi lado  
Ven y siéntate tú.

(Se sienta en un triclinio, y Balta á su lado.)

La dura guerra,  
Al privarte de un padre cariñoso,  
No te ha dejado sobre el mundo huérfana.  
Apenas á Barcino con mi hueste  
Llegué ayer victorioso, la primera  
Pregunta fué por tí, y con pena supe  
Que á los excesos del dolor te entregas  
Sin pensar que es la gloria de los héroes  
Sucumbir con valor en la pelea.

BALTA. ¡Ah, pobre padre mío!

THEUDIS. Como hermano  
Le amaba yo, pues me siguió á esta tierra  
Cuando el rey Teodorico desde Italia  
Me encargó del gobierno y la tutela  
Del tierno Amalarico y de este reino,  
Y mi auxiliar mejor, mi sosten era.  
Colmado de mercedes fué en su vida  
Y ahora en tí premiar debo sus proezas,  
No sólo por cumplir con mi cariño,  
Sino también su voluntad postrera  
Obedeciendo como es justo.BALTA. ¡Oh, padre!  
¿Qué os dijo al espirar?THEUDIS. No me hallé cerca  
Del lecho suyo, que en region distinta  
Estaba dirigiendo yo la guerra.

Pero por Teudiselo me ordenaba  
 (Pues orden para mí sus ruegos eran),  
 Que en esta soledad no te dejase  
 Y que amparase siempre tu inocencia.  
 A cumplir mi deber vengo, hija mía :  
 Por tu madre tu deudo, siempre fuera  
 Velar por tí mi obligacion sagrada ;  
 Pero ahora mi amor no se contenta  
 Con ménos de que estés en mi palacio,  
 Y allí conmigo mi consuelo seas.

BALTA. (Disimulando su turbacion.)

Señor... tantas bondades, no sé cómo,  
 Infelice de mí, pagar pudiera...  
 Pero en palacio...

THEUDIS. ¿Qué es lo que te pára?

En palacio, tú, Balta, serás reina;  
 Reina en mi voluntad, en mi cariño;  
 Mi consuelo serás, mi compañera.  
 Yo he perdido á mi esposa, y vivo triste  
 Tambien, solo, sin hijos: de mí cerca  
 Quiero que esté mi Balta: los libertos  
 Con Usaldo vendrán, y una litera  
 Te traerán en que vayas á palacio :  
 Allí serás feliz: el que tú quieras  
 Do mis gloriosos duques ó mis condes  
 Te llevará al altar: á mí me pesa  
 Ya la carga del mando, y el que llames  
 Esposo, la tendrá: serás la reina  
 Y él será el Rey, y amándome cual hijos  
 Mi descanso y consuelo en ambos tenga.

BALTA. (Estremecida, aparte.)

(¡Oh, Dios!)

THEUDIS. ¿Qué piensas, dí?

BALTA. (Turbada.) Señor, confusa

Vuestra bondad, vuestro favor me deja:  
 ¡Oh! ¿Qué no hiciera yo para mostraros  
 La gratitud que el corazon me llena?  
 ¡Cuán bueno sois, señor...! Pero de darme  
 Esposo no trateis: si vuestras penas  
 Pensais que aliviar puedo, á vuestro lado  
 La vida pasaré cual hija vuestra.

THEUDIS. ¡Hija mía! ¡Mi Balta! Tu ternura  
 ¿Cómo podré pagarte? Si tuviere

Un hijo yo! ¡con qué placer á entrambos  
 Os uniera, mi Balta! Y ambos fuérais  
 De mi vejez y ancianidad consuelo.  
 Y en vuestros hijos mi contento viera.  
 Mas mi segunda esposa, no, ninguno,  
 Ningun hijo me ha dado; y la funesta  
 Repudiada mujer, cuyo delito  
 Lavar debió la sangre de sus venas,  
 Con su vil proceder, pudo á mi pecho  
 El veneno llevar de duda horrenda,  
 Y si aquel hijo viera entre mis brazos,  
 Vibora emponzoñada lo creyera.

BALTA. ¡Sosegaos, señor!

THEUDIS. (Con creciente agitacion.)

¡Ah! si supieses

Las ánsias que mi espíritu atormentan,  
 Las dudas y temores en que vivo,  
 De mi piedad y compasion tuvieras.  
 Maldiciéndome un hombre moribundo,  
 «¡No tendrás hijos!» exclamó, y aquella  
 Terrible maldicion, aquel presagio,  
 En mí cayó como fatal sentencia.  
 Poco despues, de infiel y de liviana  
 Fué acusada mi esposa, que en Ravena  
 Con tierno pequenuelo habia quedado;  
 Y súbito á mis ojos, la sospecha  
 Que sin aquel augurio despreciára,  
 Apareció como montaña inmensa.  
 Un siervo fiel y un paje á Italia envió,  
 No pudiendo yo ir; y la vileza  
 De aquella esposa infiel, ambos patente  
 Vieron, para mi oprobio y su vergüenza.  
 —Balta, de los mortales el destino  
 Marca el hado, ó el cielo, ó las estrellas  
 Y ¡ay! aquella mujer, á ser liviana  
 Sentenciada nació, para que fuera  
 Mi castigo.—Los astros que pregunto  
 Así lo han declarado, y me condenan  
 Sin hijos á morir.—Mas, Balta, á veces  
 De mi mente en la noche centellean  
 Cual vívidos relámpagos, recelos  
 Que rápidos me saltan y me aterran;  
 Pienso á veces que acaso calumniada

Pudo mi esposa ser, y en mi alma crédula  
El presagio pesando, tal vez ciego  
La condenára sin bastantes pruebas.

BALTA. ¿Y nunca más supisteis de esa esposa?

THEUDIS. Jamás: venir á España quiso ella,  
Pero saber la hice que no osára  
Aquí llegar; y que dó yo estuviera  
No invocára mi nombre el hijo suyo,  
Ni nunca se pasiese en mi presencia.

BALTA. Sosegaos, señor.

THEUDIS. Dices bien, Balta.

¿A qué resucitar pasadas penas?  
Sepúltense por siempre en el olvido  
Memorias ¡ay! que deben estar muertas.  
¡Mas soy muy infeliz!

BALTA. ¿Qué yo no haria  
Por endulzar, señor, vuestra existencia?

THEUDIS. Pues tú sola lo puedes: ve y disparte  
Para partir. (Levantándose.)

BALTA. (Con inquietud.) ¿Hoy mismo?

THEUDIS. ¿Qué te pesa?

BALTA. (Turbada.)  
¡Oh! Dejar este albergue... y... señor, tengo  
Yo tambien que cumplir sagrada deuda.  
Cuando partisteis vos para Gerunda,  
De entre los fugitivos que la guerra  
De Italia aquí arrojaba, mi buen padre  
A una dama hospedó...: dejarla es mengua.

THEUDIS. Si quiere aquí quedarse, que tus siervos  
Como á señora, Balta, la obedezcan;  
Y si quiere contigo ir á palacio,  
En palacio tambien servida sea.

BALTA. Pero...

THEUDIS. Así ha de ser.

BALTA. (Confusa.) ¡Señor...!

THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Qué dudas?

BALTA. Nada dudo, señor.

THEUDIS. A tus tristezas

No debo aquí dejarte abandonada;  
La voluntad de un padre me lo ordena  
Y mi cariño lo reclama.

BALTA. (Aparte con pasión.) ¡Eurico!

¿Por qué tu nombre la cobarde lengua

- Ni áun puede pronunciar?)
- THEUDIS. (Yéndose.) Yo ya te dejo:  
Mas disponente á partir, porque á mi vuelta  
Del campamento, donde voy ahora,  
Por aquí pasaré; que ya dispuesta  
Te encuentre: Usaldo y los libertos pronto  
Vendrán. Adios, mi Balta.
- BALTA. (Acompañándole.) ¡El os proteja!  
(Váse Theudis por el fondo.)

## ESCENA VI.

BALTA y TUSCIA.

- BALTA. (Volviendo al proscenio angustiada.)  
¡Ay de mí!  
(Viendo á Tuscía, que aparece por la izquierda, clamando y acercándose á ella.)  
¡Tuscía! ¡Tuscía!
- TUSCIA. (Agitada.) ¿Qué te pasa?  
¿Se fué el Rey?
- BALTA. (Con ahinco, mostrando pena, y hablando bajo.)  
Sí, se fué; pero me ordena  
En nombre de mi padre, ir á palacio;  
Mas me ha dicho que tú conmigo vengas  
Si en mi casa no quieres con mis siervos  
Quedarte cual señora.
- TUSCIA. ¿Y qué deseas?
- BALTA. ¿Y pudieras dudarlo? Ven conmigo.
- TUSCIA. ¿Y Eurico?
- BALTA. (Confusa.) Eurico... Grande es su nobleza,  
Y en palacio podrá, cual otros nobles,  
Estar cerca del Rey, si tú lo ruegas.  
¡Oh! perdóname, Tuscía: yo he querido  
Por él hablar; pero el pudor mi lengua  
Y el temor embargaban, y si hablo,  
Temo que con el Rey mi amor me venda:  
Y que yo á Eurico amo, y que es mi vida.  
Hora no quiero, no, que el Rey lo sepa. (Pausa.)  
¿Qué meditas?
- TUSCIA. (Preocupada.) ¿Yo...? Nada.
- BALTA. (Con ahinco.) Por Dios, Tuscía:  
No me abandones á mi suerte adversa.

Si cuando aquí vinisteis en la córte  
 Hubiera el Rey estado, ó si en la guerra  
 No hubiera sucumbido mi buen padre  
 Sin hablarle, no dudes que ya fuera  
 Otra la suerte de tu noble hijo:  
 Mas yo espero que el Rey á ti te atienda.  
 Si tú vas y le dices: «Fugitiya  
 Aquí llevo, señor, viendo á mi tierra  
 Esclava del Romano: tengo un hijo  
 Tan noble, tan bizarro, que la afrenta  
 Por no ver de su patria, de aquel suelo  
 Acaso para siempre sa destierra:  
 Tú, que á muchos proscritos hoy amparas,  
 Protégele, señor: ya con largueza  
 Su sangre por tu imperio ha derramado  
 De la Vasconia en la feroz contienda;  
 No le abandones tú.» Si así le dices  
 Con esa dulce y mágica elocuencia  
 Que Dios os dió á las madres, ¿cómo Theudis  
 Será sordo á tu voz? ¿Lloras?

**TUSCIA.** (Sin poder dominar su emoción.) Sí; deja  
 Que en tu amoroso seno desahogue  
 Esta viva emoción que en mí despiertan  
 Tus amantes palabras; deja, Balta,  
 Que, agradecida y de ternura llena,  
 Te estreche entre mis brazos.

**BALTA.** (Abrazándola.) ¡Tuscia mía!

**TUSCIA.** ¡Balta del corazón, bendita seas! (Pausa.)

**BALTA.** Dí: ¿vendrás á palacio?

**TUSCIA.** Vé tú sola;

Mas yo iré á hablar al Rey: vine á esta tierra  
 Para eso; mas él entónce estaba  
 Ausente de Barcino: ya impaciencia  
 Tengo, Balta, de hablarle; de mi esposo  
 Amigo debió ser, y acaso pueda  
 Traer á su memoria algún recuerdo  
 Que su favor para mi Eurico obtenga.

**BALTA.** ¡Oh! ¡Sí, Tuscia! Es preciso que muy altas  
 Mercedes en palacio le conceda;  
 Si no, ¡triste de mí! pues ya me ha dicho  
 Que quiere que yo pronto esposa sea  
 De algún prócer del reino... ¡Por Dios, Tuscia;  
 Tuscia, por Dios, que Eurico no lo sepa!

- TUSCIA. ¡Hijo mio!
- BALTA. No tardes: ve á Palacio,  
Habla al Rey con ardor; di cuanto pueda  
El maternal cariño sugerirte;  
Pondérale de Eurico la nobleza;  
Dí que es alto su origen, y si duda,  
Si duda de que es noble... que le vea.
- TUSCIA. ¡Hija mia! ¡Hija mia!
- BALTA. Y no te olvides  
De repetir á Theundis que á la fiera  
Raza de Teodorico pertenece  
Tu noble hijo, cual él: dile que llevan  
La misma sangre.
- TUSCIA. (Animándose.) Sí; la misma sangre  
De Theundis y de Eurico arde en las venas:  
Su nobleza es la misma, y...
- BALTA. (Con creciente viveza las dos.)  
Que ese fuego  
En tu expresion y en tus palabras tengas  
Cuando hables con el Rey.
- TUSCIA. ¡Oh! Nolo dudes.
- BALTA. (Acercándose.)  
¿Verdad que irás hoy mismo?
- TUSCIA. Sí.
- BALTA. Ya alienta  
Mi pecho la esperanza; que á una madre  
Como tú, ¿quién desoye...? Y lo que pueda  
Yo he de hacer.
- TUSCIA. (Estrechándola las manos.)  
Sí, las dos.
- BALTA. Las dos, que Eurico,  
A las dos por igual nos interesa;  
Que es mi amor.
- TUSCIA. (Besándola.) Es mi hijo.
- BALTA. ¡Y es mi vida!
- TUSCIA. ¡Y es mi alma!
- BALTA. (Desprendiéndose de ella.) ¡Tuscia!
- TUSCIA. ¡Adios...!
- BALTA. No te detengas...  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA VII.

TUSCIA.

¡Dios mio! ¡Oh...! ¡Ya callar  
 No puedo! ¡Señor, Señor...!  
 Me va á vencer el dolor;  
 Mi afrenta va á publicar;  
 Y Eurico, en martirio horrendo,  
 De la duda atormentado,  
 Morirá desesperado  
 A su madre maldiciendo.  
 ¡Oh! No, no; ¡Dios de clemencia...!  
 ¡Piedad, piedad! Tu justicia  
 Confunda ya la malicia,  
 Y haz que brille la inocencia.

## ESCENA VIII.

TUSCIA y EURICO.

TUSCIA. (Aparte, viéndole.)

(¡Hijo mio!)

EURICO. (Saliendo por la izquierda.—Con viveza.)

¡Madre mia!

¿Con el Rey Balta se fué?

¡Oh...! (Con ira.)

TUSCIA. (Deteniéndole.) Balta está aquí.

EURICO. (Irritado.) Pensé

Que á llevársela vendria:

Mas si la que el pecho ama

Me quita, será razon

Que en una conjuracion

Que diz que contra él se trama,

Entre yo.

TUSCIA. (Con viveza.) No hables así.

¡Calla, calla, desdichado!

Eurico, el Rey venerado

Ha de ser siempre por tí;

Y aunque fuera tu enemigo,

Nunca le intentes dañar,  
 Porque... (Con marcada intencion) fuera el mal obrar,  
 Y el mal merece castigo.

EURICO. ¡Oh! No comprendo, á fé mia,  
 Que me hables de esa manera.  
 Si el Rey mi enemigo fuera...

TUSCIA. Su pueblo no lo sería.

EURICO. Sólo á mi maestro oí  
 Hablar, madre, de ese modo;  
 Pero nunca á ningun godo.

TUSCIA. Porque nuestra raza así  
 No piensa, cayó quizá  
 Entre trastornos sangrientos.

(Transicion.)

Mas tus amantes intentos  
 Acaso no estorbará  
 El Rey. Tal vez de tu padre  
 Aquí fuera compañero,  
 Y yo iré á hablarle, y espero  
 Que te favorezca.

EURICO. (Con pasion.) ¡Madre!  
 ¡Oh, suerte triste! A humillar  
 Vas ante el Rey tu altivez,  
 Y él reina donde tal vez  
 Debieras tú de reinar.

TUSCIA. (Sorprendida.)

¿Qué dices?

EURICO. Lo que me dijo  
 Un capitan, á quien yo  
 Salvé en la guerra, y me oyó  
 Decir de quién era hijo.

TUSCIA. (Aparte.) (¡Dios mio!) Pero tú, ¿qué  
 dijiste?

EURICO. (Con pasion.) Me preguntaba  
 Mi historia, y yo le contaba  
 Que noble mi padre fué.  
 Y al oír que fué su nombre  
 Teodato, y que murió aquí,  
 Me dijo: «A mi padre oí  
 Hablar mucho de ese hombre.  
 Y por su gran bizarría,  
 A no haber tu padre muerto  
 En mal hora, ten por cierto

- Que Rey de España sería.»
- TUSCIA.** ¿Y por qué ya tanto afán?  
Y acaso tu padre fuese  
Otro Teodato, y no ese  
De que hablaba el capitán.
- EURICO.** No; mi padre debió ser.  
Si no, madre, ¿por qué siento  
En mí tan gigante aliento  
Con tan menguado poder?  
Tú á las letras, madre mía,  
Como si fuera romano,  
Me aplicabas; pero en vano:  
A otra esfera yo tendía.  
Armas, glorias ambiciono;  
Y, aunque en mi suerte menguada,  
Nada soy, ni tengo nada,  
A mi anhelo es poco un trono.
- TUSCIA.** (Con ahinco.)  
¡Un trono! Les tengo horror.  
¡Armas! Las odio con toda  
Mi alma.
- EURICO.** Tú no eres goda.
- TUSCIA.** Goda soy: mas del dolor  
Y la amarga soledad  
En la tristeza, aprendí  
A huir de un mundo en que ví  
Tanto infortunio y maldad.  
Y porque también supieses  
Mirarle tú con desprecio,  
Las doctrinas de Boecio  
Quise, Eurico, que aprendieses.  
Que aunque yo el ardor sentía  
De mi raza, me causaba  
Espanto cuanto miraba,  
Cuanto á mi mente traía (1).  
En España, asesinado  
Ataulfo; Sigerico  
Asesinado, y Eurico  
Por fraticida exaltado;  
En venganzas y furores

---

(1) Los doce versos siguientes pueden suprimirse en la representación.

Reyes y nobles sufriendo  
 Y en Italia pereciendo  
 Teodorico entre terrores  
 Por sus culpas; su hija luégo  
 Por su deudo asesinada,  
 Y despues, exterminada  
 Nuestra raza á sangre y fuego.  
 El mal y el crimen, y en pós  
 Las desventuras llegando,  
 Y en pueblos y hombres pesando  
 Siempre la mano de Dios.

EURICO. Madre, tu lenguaje aterra.

TUSCIA. ¿Y cómo, Eurico, he de hablar

Si me da espanto mirar

Que el mal asuela la tierra?

¡Ah! Mientras aquí vivimos,

Hijo mio, de mil modos,

Por justa sentencia, todos

Sus consecuencias sufrimos.

Mas no añadas mal á mal

Tú; modera esa ambicion

Y esa fiera condicion

Que puede serte fatal.

EURICO. Si ambicionar es delito

Y mi ambicion es muy alta,

Para tí, para mi Balta,

Gloria y poder necesito.

TUSCIA. ¡Infeliz! ¿A dónde irás,

Pobre hoja desprendida?

Gota en el mar confundida,

Triste mortal... ¿qué podrás?

EURICO. Libre soy; podré luchando

Contra la enemiga suerte...

TUSCIA. Podrás salvarte ó perderte

El bien ó el mal abrazando.

Calma, hijo mio, tu anhelo

Y huye del mal, que quizá

De tu madre el ruego oirá,

Y te hará dichoso el cielo,

(Váse por la derecha.)

## ESCENA IX.

EURICO.

(Con tono sombrío y airado.)

¡El bien y el mal! Estos son  
 Los términos del arcano  
 Profundo, que lucha en vano  
 Por comprender mi razon.  
 Muestra la inmensa creacion  
 Un órden universal;  
 Y sólo al sér racional,  
 Por triste excepcion, le veo,  
 Dó quiera víctima ó reo  
 De los estragos del mal.

Del mar, la tierra y el viento,  
 Del astro, el bruto y la planta,  
 Nada el concierto quebranta,  
 Nada turba el movimiento:  
 Tras la noche, el firmamento  
 Siempre el sol viene á alumbrar;  
 Siempre al rio va á parar  
 La fuente, y al mar el rio,  
 Y á estrellarse va bravío  
 En la arena siempre el mar.

Ni el ave su cantilena  
 Negar sabe á la espesura,  
 Ni su indómita bravura  
 El fiero corcel refrena;  
 La ley que su vida ordena  
 Así cumple todo sér...  
 Mas... ¿quién podrá comprender  
 Lo que el universo fuera  
 Si esa inmoble ley pudiera  
 El universo romper?

¡En qué horrenda confusion  
 Chocáran los elementos!  
 ¡Cómo en vértigos violentos  
 Vacilára la creacion...!

Mas si negar sumision  
 A ley suprema es el mal,  
 El hombre, sér racional,  
 ¿Deberá darla tributo  
 Cual la piedra ó como el bruto,  
 De un modo ciego y fatal?

¡Oh, no! Si el poder creador  
 Sujetó el mundo á una ley,  
 El hombre del mundo es rey,  
 Y de sus actos señor.  
 Digno de oprobio ó de honor,  
 ¿Qué hiciera sin voluntad?  
 Sí; la humana dignidad  
 Sin ella anulada queda,  
 Y aunque dar en el mal pueda,  
 Yo quiero mi libertad.

Libre sintiéndome, el vuelo  
 De mi anhelar se agiganta;  
 Que nada fuerza ó quebranta  
 Mi esperanza, ni mi anhelo.  
 Ni el mundo, ni el mismo cielo,  
 Aunque anonade mi brío,  
 Arrastrará mi albedrío  
 Ni le forzaré á ceder;  
 Que suyo será el poder,  
 Pero el querer será mio.

Y si por eso el vivir  
 Es lucha entre el bien y el mal,  
 Ninguna fuerza fatal  
 Me tiene que conducir;  
 En pós del bien podré ir,  
 O el mal, si quiero, escoger;  
 Y al abismo al descender,  
 O al subir al firmamento,  
 Proclamaré mi ardimiento  
 La grandeza de mi sér.

## ESCENA X.

EURICO y USALDO.

- USALDO. (Entrando por el fondo, mirando á Eurico.)  
(Aparte.) ¡Eh! Eurico... (En voz bñja.)
- EURICO. ¿Quién mi nombre  
Pronuncia?
- USALDO. (Acercándose.) Un godo que aquí  
Se alegra de hallarte.
- EURICO. ¿A mí...?  
(Yo nunca he visto á este hombre.)  
Pues tú, ¿me conoces?
- USALDO. (Con ahinco y viveza.) No.  
¿Mas de Italia no has venido?
- EURICO. Sí.
- USALDO. ¿Y en la Vasconia herido  
Fuiste?
- EURICO. Sí.
- USALDO. ¿Y allí cayó  
A tu lado un capitan  
De espatarios?
- EURICO. Le salvé  
De la muerte.
- USALDO. Por él sé  
Quién eres: y con afan,  
Impaciente de encontrarte,  
Por la ciudad te he buscado:  
Que es mi hijo el que has salvado  
Y voy mi deuda á pagarte.
- EURICO. Noble nací.
- USALDO. Porque sé  
Quién eres, deuda mayor  
Me impone hácia tí mi honor,  
Por tu padre, á quien amé.  
—A la hora nona, á palacio  
Vé á verme, si quieres, hoy:  
Mi nombre es Usaldo; soy  
Prepósito, y tendré espacio  
Para hablarte. (Se dirige á la derecha.)
- EURICO. Espera. ¿Dí,

Mi padre...?

USALDO.

Muy grave es  
Lo que he de decir: despues  
Lo sabrás: pueden aquí  
Oirnos.

EURICO.

(Despues de mirar á todas partes.)

No hay nadie. Impaciente  
Estoy: no me dejes ya  
Con esta inquietud...

USALDO.

(Aparte.) (Será,

Antes de hablar, conveniente  
Asegurarse...) Tu padre,  
¿No vino de Italia aquí?

EURICO.

Siendo yo muy niño, si;  
Eso me han dicho mi madre  
Y sus deudos.

USALDO.

¿Y en la guerra  
Contra los francos murió?  
¿Te acuerdas bien...?

EURICO.

¡Cómo no!  
En aquel tiempo, á esta tierra,  
Vencida por mi rogar,  
Me traia en mi niñez  
Mi madre, cuando una vez,  
(¡Nunca lo podré olvidar!)  
Acercándose á mi lecho  
Vertiendo de llanto un rio:  
«¡No tienes padre, hijo mio!»  
Gritó estrechándome al pecho.  
¿Ha muerto? Fui á preguntar  
«Ha muerto.»—¿En la guerra?—«Sí,  
Hijo; ya no hay para mí  
Más que sufrir y llorar.»  
Callé temblando, y calló.

USALDO.

¿Que él Teodato se llamaba  
Dijo?

EURICO.

Sí; y tanto lloraba  
Al recordarle, que yo  
Viendo su pena cruel,  
Ocultaba mi quebranto,  
Y por no aumentar su llanto  
Nunca la hablaba de él.  
Si es que tú le conociste,

Satisface la ansiedad  
 Del corazón: ¿es verdad  
 Que otro más noble no viste?  
 ¿Es verdad que su bravura  
 Un reino le prometía,  
 Y que, á vivir él, tendría  
 Mi patria mayor ventura?  
 Habla, dime...

USALDO.                    Sí; tal fué  
 Tu padre, mancebo: aquí  
 En secreto le serví  
 Y cual pude le vengué.  
 Sabe tú su triste suerte:  
 Y si te alienta el valor,  
 A su asesino traidor  
 Dále sin piedad la muerte.

EURICO.                    (Con espanto y exaltacion.)  
 ¡Oh...! ¿Qué escucho...? ¿Qué profieres...?  
 ¿Eres demonio, eres hombre?  
 ¡Su asesino...! Por mi nombre,  
 Habla, pronto, di: ¿qué quieres?  
 ¿En la guerra no murió...?

USALDO.                    Sí; mas... oye: Teodorico  
 De tutor de Amalarico  
 A España á Theudis mandó,  
 Y viéndole ambicionar  
 Por el poder soberano  
 Y que le llamaba en vano,  
 Le quiso el mando quitar.  
 Mas con violencia no osaba,  
 Que era Theudis poderoso,  
 Y á lograrlo cauteloso \*  
 A Teodato aquí enviaba;  
 Y si tu padre no hubiera  
 Tristemente perecido,  
 Rey acaso hubiera sido,  
 Y Theudis nunca lo fuera.

EURICO.                    Mi madre de eso jamás  
 Me ha hablado.

USALDO.                    No lo sabría.

EURICO.                    ¡Oh! No es posible; sería  
 Otro Teodato quizás.

USALDO.                    No; tu padre fué ese hombre:

En la guerra estuve yo,  
Y un solo noble murió  
De Italia con ese nombre.

EURICO. ¿Y dices...?

USALDO. Digo que es cierto  
Que tu padre asesinado  
Murió.

EURICO. Te habrán engañado,  
Pues en combate fué muerto:

USALDO. Eso el mundo creyó, sí,  
Y eso siempre se ha creído;  
Pero yo, que estaba herido  
En el campo, caer le ví  
Bajo el agudo puñal  
De Theudis.

EURICO. (Con explosión de ira.) ¿Qué estás diciendo?

USALDO. La noche iba ya tendiendo  
Su cortina funeral  
Sobre aquel campo de horror,  
Y aún el combate duraba  
Bravo y fiero; ya luchaba  
Más la rabia que el valor.  
Bajo de un cielo sombrío  
Ardía el bosque cercano,  
Mientras bramaba en el llano  
Teñido de sangre el río,  
Teodato entonces perdió  
Su caballo, y desmontado  
También Theudis, á mi lado  
Con Teodato se encontró.  
Creyó que la oscuridad  
Su intento favorecía  
Y que nadie le veía;  
Y, con la celeridad  
Del rayo, daga traidora  
Clavó en su cuello violento,  
Diciendo con sordo acento:  
«Quitame el poder ahora.»  
—«Dios, que tu crimen conoce,  
Me vengue, Teodato dijo;  
Y te niegue, infame, un hijo  
Que tu negra culpa goce.»  
Y espiró: Theudis pensó

Sin duda: «Aquí le hallarán,  
Y en la lucha le creerán  
Muerto.» Y de allí se alejó.

EURICO. Pero... ¿eso es verdad? ¡Oh, madre!  
¡Y respeto me infundias,  
Y venerable me hacías  
Al verdugo de mi padre...!  
Mas... ¿esa historia?

USALDO. La sé  
Yo sólo, que herido estaba:  
Mi vida hablando arriesgaba,  
Y á nadie la revelé...  
Pude así tambien vengar  
A tu padre.

EURICO. ¿Tú?

USALDO. Yo : sí.  
Mas traigo un encargo aquí  
De Theudis, y él va á llegar.

EURICO. Dí...

USALDO. No puedo detenerme :  
Despues tendremos espacio :  
A la hora nona, en palacio,  
Al caer el sol, podrás verme.  
(Vase por la derecha).

## ESCENA XI.

EURICO.

¡Iré, sí; allí me tendrás...!  
(Enfurecido.) ¡Oh! ¡Mi padre asesinado...!  
Ese hombre... ¿estará engañado,  
O me engañará quizás...?  
¿Será quien dice mi padre?  
La verdad buscaré yo,  
Con cautela, porque no  
Entienda nada mi madre.  
Incomprensible mujer,  
Del bien y el mal me hablaría,  
Y el golpe tal vez querria  
De mi brazo detener.  
¡Oh! si á mi padre perdí  
Por una traicion sangrienta,

¿Para qué hierve y alienta  
Su sangre dentro de mí...?

## ESCENA XII.

EURICO, BALTA y USALDO.

- USALDO. (Saliendo con Balta por la derecha.)  
¿Os quedais, pues?
- BALTA. (Despues de mirar á Eurico.)  
Sí; me quedo.
- USALDO. Guárdeos Dios.  
(Yéndose por el fondo.)
- BALTA. Luégo iré... sí...  
(Váse Usaldo.)

## ESCENA XIII.

BALTA y EURICO.

- BALTA. (Despues de ver desaparecer á Usaldo, corriendo  
desolada al lado de Eurico, y clamando:)  
¡Irme á palacio sin tí!  
¡No puedo, Eurico, no puedo...!
- EURICO. (Con ira.)  
¡A palacio!
- BALTA. (Con gran pasion.) Tú vendrás  
Tambien: ¡yo te amo!
- EURICO. (Contrariado: sombrío.) ¡Amor!
- THEUDIS. (Dentro, llamando.) ¡Balta!
- EURICO. (Con movimiento de cólera.) ¡El Rey!  
(Mirando hácia el fondo por donde se ve aparecer á  
Theudis.)
- BALTA. (Estremecida á la voz del Rey, á Eurico apurada.)  
¡Calla!  
(Respondiendo á Theudis, temblorosa, y yendo há-  
cia el fondo:)  
¡Señor!  
(Volviéndose á Eurico y despidiéndose con gran  
pasion:)  
¡Adios!
- EURICO. (Sombrio y terrible, poniendo la mano en la daga.)  
¡Theudis, morirás!  
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

*Salon de Palacio.—Una mesa con una lámpara.*

### ESCENA PRIMERA.

EURICO y UN PAJE.

EL PAJE. Pasad: me ha dicho que aquí  
Vendrá pronto; pero hoy tiene  
Por su cargo la tarea  
Más larga; porque el Rey quiere  
Que haya espléndido festin  
Esta noche; pues si siempre  
Curar sus melancolías  
Con el dulce Medoc suele,  
Hoy, que por su gran victoria  
Contra los vascos rebeldes  
Contento está, ya podeis  
Figuraros... Luégo, vienen  
Y van hoy por todas partes  
En Palacio tantas gentes,  
Que no sé... ¿no sabeis vos...?

EURICO. (Secamente.) No sé nada.

EL PAJE. Pocas veces

He visto tanto salir  
Y entrar.

EURICO. Entónces bien puedes  
Ir á decirle tú á Usaldo  
Que venga, que ya impaciente  
Lo espero yo.

EL PAJE. (¡Qué humos gasta!  
¡Y acaso...!) Iré.

(Váse fondo derecha.)

## ESCENA II.

EURICO.

¿Conque es este

El palacio en que debia  
 Mi padre reinar? ¡Oh, Theudis!  
 ¿Conque el causante eres tú  
 De la desdichada suerte  
 De mi madre...?

(Estremecido: mirando á la izquierda.)

¡Allí va... sí...

Él es...! ¡Infame! ¡Y su frente,  
 En vez de llevar el sello  
 Del crimen, aureola tiene  
 De majestad...! Yo no sé  
 Qué tristes sombras envuelven  
 Mi razon: olas de ira  
 Inundan mi pecho ardiente,  
 Y agitacion misteriosa  
 Perturba mi sér: parece  
 Que una voz me está diciendo  
 Que Usaldo se engaña ó miente,  
 Mientras que por sus palabras  
 Despierta en mi pecho, muerde  
 Mi corazon la venganza  
 Como venenosa sierpe.  
 Si conjurados están  
 Y al Rey derribar pretenden,  
 Para que le hiera yo,  
 ¿Querrán su instrumento hacerme?  
 ¡Oh! ¿Por qué como el sol rasga  
 Las tinieblas que le ofenden,  
 Del espíritu la luz  
 La duda no desvanece?  
 ¡Oh verdad! Yo he de buscarte;  
 Clara, brillante he de verte,  
 Sin que el error ni la duda  
 Tus resplandores me velen:  
 Y si hallo que Theudis dió  
 Traidor á mi padre muerte,  
 No volverá á levantarse  
 La luz del sol para Theudis.

## ESCENA III.

EURICO y USALDO.

- USALDO. (Por el fondo derecha.)  
Eurico...
- EURICO. Ya es la hora prima  
De la noche.
- USALDO. Es que un banquete  
Va á celebrarse, y el Rey  
Que á su mesa sentar quiere  
A vários nobles de Italia  
Que han combatido valientes  
En la Vasconia, avisarlos  
Me mandó. Además, prudente  
Era alejar de aquí á pajes  
Y libertos: ya se puede  
Hablar sin recelo: nadie  
Nos escucha. Saber debes  
Ante todo, que del Rey  
Decidida está la suerte  
En junta de nobles godos  
Que como yo le aborrecen  
Por amigo del Romano,  
Y á Teudiselo, el más fuerte  
Campeon de nuestra raza,  
Proclamaremos: si quieres  
Que él te conozca...
- EURICO. Y ¡á qué?  
Nada me toca á mí en ese  
Vuestro plan.—Lo que deseo  
Es saber si es cierto...
- USALDO. (Ofendido.) ¡Tienes  
Dudas de mí?
- EURICO. Tengo duda  
De que padre mio fuese  
Quien tú dices: á mi madre  
He preguntado, y cual siempre  
Qué á mi padre la recuerdo,  
Sintió quebranto tan fuerte,  
Que callé.
- USALDO. Y si yo dudára,

¿Te hablara así?

EURICO. Mas de ese  
Teodato que conociste,  
¿Que más sabes?

USALDO. Que en Oriente  
Nació, y sin deudos á Italia  
Llegó, segun dijo siempre.

EURICO. ¿Y murió?

USALDO. Junto á Narbona,  
De noche; há ya más de veinte  
Años: aquí Teodorico  
Le envió, para que fuese,  
Despues de Theudis depuesto,  
Tutor del Rey. Sólo al verle  
Yo á servirle me ofrecí  
Con otros vasallos fieles  
Del rey de Italia: mas todo  
Cuanto intentamos fué estéril  
Entónces, para arrancar  
El poder al audaz Theudis:  
Y eso que un noble, su amigo,  
Que habia él mandado á que diese  
Al rey Teodorico cuentas,  
Le dijo al volver, que aleve  
Su esposa, que con su hijo  
Habia quedado doliente  
En Rávena, le ultrajaba:  
Llenó de dudas crueles  
Me envió á que yo apurase  
Sus recelos; y obediente  
A Teodorico, á quien ví,  
Y que así intentó atraerle,  
Sus sospechas confirmé,  
Diciéndole que las gentes  
En la ciudad proclamaban  
Su agravio, para que él fuese  
A averiguarle ó vengarle.  
Mas de su ambicion ardiente  
Llevado, ó sintiendo el peso  
De la maldicion solemne  
De tu padre, repudió  
A aquella esposa inocente,  
Abandonando á su hijo



Todo?

USALDO. Sí, señor.  
THEUDIS. Pues di

A Balta que venir debe  
A presidirle conmigo.  
Está triste, y aquí crece  
Su pena; mas si la hablo  
De darla esposo, ni aun quiere  
Oirme.

USALDO. Si tuviérais vos  
Un hijo...

THEUDIS. ¡Oh...! No renueves  
El recuerdo doloroso  
De mi sentencia inclemente.  
(Vase Usaldo, fondo izquierda.)

### ESCENA V.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO (Entrando por el fondo.)  
Señor, veros solicita  
Con empeño una mujer.

THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Ahora?

HUNERICO. Dice que ha de ser  
Así, porque necesita  
A solas y con urgencia  
De algo que os importa hablaros,  
Y me hizo entrar á rogaros  
Que la deis vuestra licencia.

THEUDIS. Hazla llegar hasta mí,  
Y dí que nadie osará  
Entrar mientras ella está.

(Vase Hunerico.)

¿Quién hablarme querrá así?

### ESCENA VI.

THEUDIS y TUSCIA.

(Tuscia entra, vacila y se para.)

THEUDIS. (Viéndola.)  
Ven, acércate. ¿Qué quieres?

TUSCIA. (Adelantándose.)  
¡Justicia!

THEUDIS. (Espantado.) ¿No es ilusion

De mi turbada razon?  
Habla pronto; di quién eres.

TUSCIA. (Muy conmovida.)  
¿Me conoces tú quizá?  
Alguna vez yo te ví  
Tambien... lo recuerdo... Sí.  
¡Pero há tanto tiempo ya...!  
Que no pensé que tuviera  
Nada mi voz dolorida  
Ni mi faz envejecida  
Que el recuerdo te trajera.

THEUDIS. ¡Felda!

TUSCIA. Es ese, sí, mi nombre.

THEUDIS. ¿Y pudistes atreverte  
En mi presencia á ponerte?

TUSCIA. ¿Qué hay en ello que te asombre?  
¿Has visto tú alguna vez  
Tembloroso ó vacilante  
Para ponerse delante  
Del delincuente su juez?

THEUDIS. ¡Villana! ¿Que me arrepienta  
Quiere tu lengua atrevida  
De haberte dejado vida  
Despues de vista mi afrenta?

TUSCIA. ¡Tu afrenta...!

THEUDIS. Mi afrenta, sí,  
Mujer funesta é impura,  
Causa de la desventura  
En que muriendo viví.

TUSCIA. ¡Yo impura! ¿Cuándo faltar  
Pudo un pretexto villano,  
Para el que quiso, inhumano  
A una esposa repudiar?  
¡Oh! ¡Nunca el rey Teodorico  
A esta tierra te enviára!  
¡Nunca á reinar te mandára  
Por el tierno Amalarico!  
Despertada tu ambicion,  
Con ello no te saciaste,  
Y ser pronto ambicionaste  
Monarca de esta nacion.  
Si sus tesoros te daba  
Para lograrlo una hermosa

Que tu hijo y que tu esposa  
 Se muriesen, ¿qué importaba?  
 Y con el repudio impío  
 Lograste tu afan traidor,  
 Quedando yo sin honor  
 Y sin padre el hijo mio.  
 ¿De quién es la afrenta, dí?

THEUDIS. Quien viese tanta osadía,  
 Sin duda que pensaria  
 Que un mónstruo contigo fuí.  
 ¡Oh! dime: si tu delito  
 Dudas no hubiese sembrado  
 En mi pecho, ¿hubiera ahogado  
 De la sangre el hondo grito?  
 Aunque á tí te aborreciera,  
 Y juro que te amé yo,  
 ¿Quién á un hijo abandonó  
 Sin tener alma de fiera?

TUSCIA. ¿Por qué nos abandonaste?  
 Yo sólo sé que, inclemente,  
 Sobre mi vida inocente  
 Borrón de ignominia echaste.  
 Sé que anhelando ocultar  
 Mi oprobio, de mi morada  
 Me alejé, y desesperada  
 Fuí de lugar en lugar,  
 Porque nadie en mi amargura  
 Sospechase quién yo era,  
 Para que mi hijo viviera  
 Sin saber su desventura;  
 Sé que pronto á otra mujer  
 Unido y feliz vivias,  
 Sin pensar las agonias  
 De mi injusto padecer.

THEUDIS. ¿Por qué, dí, jamás probar  
 Tu inocencia has procurado?

TUSCIA. Mientras esposa has llamado  
 A otra mujer, ¿qué esperar  
 En mi infortunio podia?  
 Repudiada me he creído  
 Por tu ambicion, y he vivido  
 En mi soledad sombría,  
 Acusada de liviana:

Pero sin saber cuál fué  
Mi delito, y ni ahora sé  
De qué calumnia villana  
Víctima he sido.

THEUDIS. (Con encono.) Que infiel  
A mi amor y á tu respeto  
Eras, me avisó en secreto  
Un fiel amigo.

TUSCIA. (Con ira y vehemencia.) ¡Cruel!  
¿Y eso sólo te bastó?

THEUDIS. Envié un paje leal  
A Italia, y tu criminal  
Proceder me confirmó;  
Y que era antigua me dijo  
Tu culpa ya declarada,  
Y la duda envenenada  
Vino á privarme de un hijo.

TUSCIA. ¡Soy inocente! ¡Piedad  
Ten de mí, de ti, de él!  
Deja esa duda cruel  
Si no fué infame maldad:

(Con creciente pasión y vehemencia.)

¿Sabes tú lo que es vivir,  
Como yo, triste, he vivido,  
Eternos años de olvido  
Y soledad, sin decir  
A mi hijo, sin poder  
Decirle, como si fuera  
Infamia, el nombre siquiera  
Del que le dió vida y sér?  
¡Cuántas veces, cuando vió  
Mi llanto correr ardiente,  
Por su padre el inocente  
En su niñez preguntó!  
Y cuando yo le decia  
Que ausente en España estaba,  
¡Cuántas veces exclamaba:  
«Vamos allá, madre mia!»  
¡Oh! Mil veces tuve ya,  
Theudis, tu nombre en la boca;  
Mas desesperada, loca,  
Pensando que á él quizá  
Saber su origen le hiciera

Más desdichado, y que á tí  
 Por mónstruo. ó por vil á mí,  
 Acaso nos maldijera;  
 Diciéndole que murió  
 Su padre, en mi dolor fiero,  
 Pronuncié el nombre primero  
 Que á mis lábios acudió.  
 La angustia de esta mujer  
 En situacion tan horrible...  
 Una madre... tú, imposible,  
 No la puedes comprender.

THEUDIS. (Conmovido.) ¡Oh! ¡Calla! Que estremecida

Siento el alma; feliz fuese  
 Todavía, si pudiese,  
 Tu inocencia ser creida.  
 Mas mi castigo ha de ser  
 Tu culpa; una maldicion  
 Pesa sobre mi razon,  
 ¡Y no la puedo creer...!  
 No: que castigo fatal  
 El cielo en tí me depara.

TUSCIA.

¡Bárbaro! ¿Me condenára  
 El cielo á ser criminal?  
 ¿Qué culpa entónces tendria?  
 Y el repudio mereciera  
 Liviana, pues culpa fuera  
 No del cielo, sino mia.

(Theudis baja la cabeza.—Pausa.)

¡Dios mío! En tu presencia  
 Voy á tu hijo á poner,  
 Y al mirarle, te hará ver  
 Tu corazon mi inocencia.  
 Su padre ya quiero darle;  
 Por eso á España he venido;  
 Mas, sin hablarte, he temido  
 Quién eres tú revelarle.  
 Yo nada quiero ni exijo,  
 Y tu olvido, tu abandono,  
 Sí, todo te lo perdono,  
 Pero haz dichoso á mi hijo.  
 Si quieres, yo moriré  
 Y bendeciré mi suerte:  
 Si quieres más que mi muerte,

Dílo, y sin verle me iré.

THEUDIS. (Deteniéndola: con acento sombrío.)

¡Qué vas á hacer, desdichada!  
Si inocente te creyera,  
Después más brava surgiera  
Mi duda desesperada.  
¡Oh, mujer!.. Huye de mí,  
Y ambos nuestra infausta suerte  
Suframos.

TUSCIA. Dame la muerte,

Mas no me dejes así.

THEUDIS. Mi duda pagar debiste

Con tu sangre; y pues estás

Viva, no digas jamás

Que esposa de Theudis fuiste.

Así te olvido y perdono;

Que en mi pecho dolorido,

Que más que el tuyo ha sufrido,

No puede estar el encono.

Adios... (Con ademán de irse.)

TUSCIA. (Clamando.) ¡Theudis, por piedad!

¡Por tu hijo!

THEUDIS. ¡Calla! ¡calla!

TUSCIA. (Arrodillándose.)

¡Oh! ¡En tu pecho batalla

Con tu duda mi verdad!

¡Sálvanos! ¡Sálvate á ti...!

THEUDIS. ¿Qué me pides, insensata?

TUSCIA. Deja la duda que mata,

Por piedad, y ten fé en mí!

¡Por tu hijo!

THEUDIS. ¡Calla! ¡Oh!

¡Duda horrenda! ¡Duda impia!

¿Sabes tú lo que daría

Por tener un hijo yo?

¡Aparta!

TUSCIA. ¡Soy inocente!

Te lo dice mi quebranto:

Lo está clamando mi llanto:

Lo estás leyendo en mi frente.

Mírala...

THEUDIS. (Muy combatido por contrarios sentimientos.)

¡Felda! (¡Dios mio!)

- Alza...
- TUSCIA. (Levantándose.)  
En esos brazos muera...
- THEUDIS. (Estremecido, rechazándola.) ¡Oh!  
¡Quita, serpiente artera,  
Que tu abrazo me da frio!  
(Vase precipitadamente por la izquierda.)
- TUSCIA. (Gritando y vacilando.)  
¡Oh!

## ESCENA VII.

TUSCIA y EURICO.

- TUSCIA. ¡Desdichada de mí!  
¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!  
(Clamando ansiosa.)  
¡Theudis...! ¡Infeliz mujer...!  
¡Hijo mio...!  
(Aterrada viendo á su hijo que sale por la derecha.)  
¡Él aquí...!
- EURICO. ¡Madre mia! ¿qué te pasa?  
¿Qué haces aquí?
- TUSCIA. (Sobresaltada.) ¿Por qué vienes  
A palacio?
- EURICO. (Acariciándola.) Di, ¿qué tienes,  
Tú, que la frente te abrasa?  
¿Estás llorando? ¿Por qué...?  
¿Es que al Rey ya le has hablado,  
Y para mí te ha negado  
Su proteccion, cual pensé...?
- TUSCIA. (Haciendo esfuerzos supremos por dominarse.)  
Eso es... (Aparte.) ¡Me ahoga la opresion!  
¡Sostenedme, cielo santo...!
- EURICO. ¿Y por eso tal quebrantó?
- TUSCIA. (Abrazándole convulsivamente.)  
¡Hijo de mi corazon...!
- EURICO. En mi pecho altivo y fiero  
Por eso, madre, no llores.  
Yo de Theudis los favores,  
Ni los pido, ni los quiero.  
Más que él me podrá valer  
Aquí un noble, madre mia:  
En tanto, ten alegría

- Y no vuelvan á verter  
Llanto tus ojos: no más  
Te suplico, madre, di:  
Mi padre, ¿á qué vino aquí?  
Sin duda tú lo sabrás;  
Mas nunca me lo dijiste...
- TUSCIA. (Sin saber qué decir.)  
¿Yo...? (¡Dios mio!)
- EURICO. De él te he hablado  
Poco, aunque lo he deseado,  
Porque te pones tan triste...  
Mas dilo, te lo suplico.
- TUSCIA. ¿Qué quieres...? (¿Quién jamás vió  
Tal pena?)
- EURICO. ¿A qué le envié  
Aquí á España Teodorico?
- TUSCIA. ¿A qué le envié...? No sé...
- EURICO. ¿No sabes?
- TUSCIA. (Turbada.) Sí; á que estuviera  
Junto al Rey, y le sirviera.
- EURICO. ¿Con qué cargo?
- TUSCIA. (Apurada.) (¿Qué diré?)  
No sé: mas ¿qué importa ya?
- EURICO. (Con gran viveza.)  
¿Qué importa, dices? ¡Oh, madre!  
En saber qué fué mi padre,  
Acaso mi dicha va.  
En la guerra que estalló  
Siendo yo niño, dijiste  
Que habia muerto.
- TUSCIA. Le perdiste  
Muy niño, sí.
- EURICO. (Con creciente ansiedad.) ¿Y no murió  
Junto á Narbona?
- TUSCIA. (Aturdida, sin saber lo que dice.)  
Sí, allí...  
(¡Dios mio!)
- EURICO. ¿Cuando llegaba  
La noche? ¿Y no se llamaba  
Teodato?
- TUSCIA. (Apurada.) ¡Te... odato, sí!  
Pero ¿por qué esa ansiedad?  
¿Por qué me hablas de ese modo?

- EURICO. ¡Oh, madre! Dímelo todo:  
Quiero saber la verdad.  
A veces pienso que aquí  
Hondo misterio ha de haber.  
Que ni llegar á entrever  
Quisiera.
- TUSCIA. (Desolada.) ¿Dudas de mí?  
¿De tu madre dudas? ¡Oh,  
Dios mio!
- EURICO. (Conmovido.) No, madre mía.  
No. ¿Cómo existir podría  
Si dudara de tí yo?  
¡Oh! ¿De mi madre dudar?  
Enloquezca ántes mi mente,  
O descienda el rayo ardiente  
La duda en ella á abrasar.
- TUSCIA. ¡Hijo mio!
- EURICO. Pero dí:  
¿No es verdad, madre querida,  
Que de mi padre en la vida  
Algo me ocultas á mí?  
¿Por qué ese misterio es?
- TUSCIA. (¡Dios mio!) Si de ambicion  
Lleno está tu corazón  
Y desdichado te ves,  
¿No fueras más desdichado,  
Y tu ambicion no creciera,  
Si tu madre te dijera:  
«Pudieras estar cercado  
quizá de régio esplendor;  
Mas por perder á tu padre  
Nada tienes ya?»
- EURICO. (Amargura.) Sí, madre;  
Sí, madre; tengo tu amor.  
Pero ¿es verdad que mi suerte  
Fuera tan gloriosa aquí  
Viviendo mi padre?
- TUSCIA. Sí.
- EURICO. (Aparte.) (¡Oh! ¿Será verdad que muerte  
Le dió Theudis? Que no hay ya  
duda: él era...) A mi deseo  
Eso basta.
- TUSCIA. (Con inquietud.) Eurico, veo



Si en la viudez desvalida  
 Por un Rey traidor estás...  
 Dí, corazón, ¿temblarás?  
 Si cobarde te mirára,  
 De vergüenza te arrancára  
 Porque no latieses más.

## ESCENA IX.

EURICO y THEUDIS.

- THEUDIS. (Saliendo: llamando.)  
 Usaldo...
- EURICO. (Aparte.) (Aquí se acerca.)
- THEUDIS. ¿Quién, osado,  
 Penetra de esa suerte...?
- EURICO. Un extranjero  
 Que los usos ignora de tu córte;  
 Un godo que de Italia vino huyendo,  
 Y con otros aquí...
- THEUDIS. Déjame ahora,  
 Que mi atención reclaman con empeño  
 Harto graves cuidados.  
 (Haciendo ademán de irse.)
- EURICO. La justicia  
 Es, señor, de los tuyos el primero,  
 Y herido el corazón y ansiosa el alma  
 Pronta justicia, á demandarte vengo.
- THEUDIS. Pero... ¿ahora?
- EURICO. Sí, ahora; una terrible  
 Obligación me incita, y aquí llego  
 Para que tú me ayudes, en memoria  
 De Teodato, tu antiguo compañero,  
 El que murió en la guerra contra el franco,  
 Y de quien deudo soy.
- THEUDIS. ¡Teodato...! (¡Cielos!)
- EURICO. (¡Se estremece!)
- THEUDIS. Teodato no tenía  
 Hijos.
- EURICO. Hijo no dije, sino deudo.  
 Básteme el serlo, si su amigo fuiste.
- THEUDIS. Sin duda; mas... ¿qué quieres? Dilo presto,

- EURICO. Pronto voy á acabar. Di: ¿qué castigo  
Merece el que asesina á un indefenso  
Con negra alevosía?
- THEUDIS. (Vacilante.) Pero...
- EURICO. Dime,  
¿No es verdad que la muerte?
- THEUDIS. Si, sí; pero...  
¿Esa pregunta...?
- EURICO. Rey, en tu palacio  
He visto há poco al matador sangriento  
De mi fiel capitan.
- THEUDIS. ¿Quién es?
- EURICO. Un conde  
Que de las huestes de Narsés huyendo  
Ha venido de Italia, y que sin duda  
Cree su traicion oculta en el misterio.
- THEUDIS. Tu capitan, ¿quién era?
- EURICO. Un noble godo  
De Treya servidor: su nombre Theudo.
- THEUDIS. ¿Y ese conde?
- EURICO. Te dije que le he visto,  
Y te diré quién es.
- THEUDIS. ¿Y há mucho tiempo  
Que cometió su crimen? ¿Y habrá pruebas?
- EURICO. Tú juzgarás, señor, de las que tengo;  
Y si no son bastantes, con tu auxilio  
Veremos la verdad: escucha atento.  
Theudo se unió del conde á las legiones  
Por orden de su Rey, que así intentaba  
Del conde refrenar las ambiciones;  
Pero él quedarse solo meditaba,  
Y la ocasion halló: pronto invadieron  
Las huestes del romano aquella tierra,  
Y con sus bravas tropas acudieron  
El conde y Theudo á sustentar la guerra.  
Un dia ¡horrible dia! el rudo duelo  
Contemplando indecisa la fortuna,  
Siguió trabado, cuando ya en el cielo  
Brillaba, en vez del sol, opaca luna.  
Sin parar ni ceder los combatientes  
En confuso tropel luchaban fieros,  
Despidiendo relámpagos ardientes  
Al chocar entre sombras los aceros;

Y en medio del estrago y la matanza  
 Del golpe fiero de la muerte heridos,  
 Rodaban á los botes de la lanza  
 Jinetes y caballos confundidos ;  
 Y aumentando el horror y la pavora,  
 Miéntras el bosque en derredor ardia,  
 Teñido con la sangre, en la llanura  
 Rojo el rio bramando se extendia.  
 Entónces...

THEUDIS. (Sin poder dominar su ansiedad.)

¿Qué pasó? ¡Morir me siento!

EURICO. Theudo perdió el caballo, y alejado  
 De la revuelta lid, en un momento  
 Quedó solo, de sombras rodeado ;  
 Y ántes de que pudiese ver de dónde  
 Ni quién el golpe aleve dirigia,  
 La infame daga del infame conde  
 En la garganta penetrar sentia.  
 Conoció á su asesino, y le maldijo,  
 Pero él huyendo de su cuerpo inerte,  
 «Creerán que en la batalla cayó,» dijo ;  
 Nadie ha visto que yo le dí la muerte.

THEUDIS. (Con terror.)

¿Quién lo vió...?

EURICO. ¡Dios...! Seguro en su pujanza,  
 Creyó el traidor su crimen ignorado,  
 Mas de Theudo el espectro ensangrentado  
 Se presentó para pedir venganza.  
 ¡Horrenda aparicion! De ella el tirano  
 Quisiera huir; mas vano es su deseo ;  
 Y aunque es sombra no más y espectro vano,  
 Ceñido está del militar arreo,  
 Y su aspecto da horror: la faz cubierta  
 De mortal palidez, al conde espanta:  
 Tiende solemne á él la mano yerta  
 Y por el hierro matador abierta  
 Aún brotando está sangre la garganta.

THEUDIS. (Que ha escuchado con creciente terror, retrocede  
 espantado, volviendo la vista hácia el otro lado y  
 diciendo:)

¡El es! ¡El es! ¡Aparta...!

EURICO. Su conciencia  
 Descubre entónces al traidor impio,

Que en su terror pronuncia su sentencia  
De muerte.

(Lleva la mano á la daga y va á lanzarse sobre Theudis, que no ve su accion, y de pronto se para estremecido, y retrocede diciendo:)

(Aparte.) (¿Qué me pasa...? ¡Siento frio...!)

(Breve pausa.)

THEUDIS. (Volviendo hácia Eurico; con susto.)

¿Qué haces? ¿Qué intentas...? Di...

EURICO. (Aparte: estupefacto.) (¿Por qué el acero

No sale de la vaina? El pecho fuerte

Tiembla cobarde. ¿O es que altivo y fiero

No sé como asesino dar la muerte...?)

THEUDIS. ¿Quién eres? Dí. ¿Quién eres...?

EURICO. ¿Por qué has hecho

Tal pregunta? ¿Quién soy...? Si yo pudiera

Decirte «soy un hombre,» ¿satisfecho

Fueras con ello, dí? Pues, por mi nombre,

¡Oh Rey! puedes creer que ni siquiera

Sé si puedo decirte: «soy un hombre.»

¿Qué es un hombre?

THEUDIS. No apures mi paciencia.

No sé qué de tí piense.

EURICO. Yo tampoco.

THEUDIS. Te debiera arrojar de mi presencia

No sé si por villano ó si por loco.

EURICO. ¿Te vas...?

THEUDIS. (Yéndose.) (Aparte.) (Pero esa historia maldecida,

¿No es la historia fatal de mi delito...?)

Saber quién es este hombre necesito,

Y tenerle seguro.)

(Váse, fondo.)

## ESCENA X.

EURICO.

(Viendo desaparecer á Theudis: con ira y asombro.)

¡Y va con vida...!

Pero ¿qué pasa en mí...? No soy yo mismo.

¿En dónde están mi ardor y mi pujanza?

¿Por qué al ver á mi alcance mi venganza

Vi á mis piés el espanto de mi abismo...?

Sí; la voz de mi sangre y de mi raza

«Véngate,» me decía clamorosa;  
 Y otra voz, cual terrífica amenaza,  
 «¡Detente!» me gritó más poderosa.  
 ¿Será verdad que el hombre es impulsado  
 Por una fuerza que hácia el mal le incita,  
 Y que por ella al ser arrebatado  
 Otra fuerza hácia el bien le solicita?  
 Mas ¿no soy libre? ¿Y en vengarme dudo  
 Y de noble blasono y de guerrero?  
 Ciencia fatal la que aprendí, si pudo  
 El leon trasformar en vil cordero.

(Saca la daga.)

Si era el ángel del bien el que paraba  
 Mi brazo vengador, del lado mio  
 Ya se alejó, y ardiente como lava  
 Desborda en libertad el albedrío.

(Al dirigirse furioso hácia el fondo, sale ¡Balta por la izquierda.)

## ESCENA XI.

EURICO y BALTA.

BALTA. (Saliendo.) ¡Eurico...! (Eurico se para un instante.)  
 (Gritando alarmada, viéndole el puñal y corriendo hácia él.)

¡Oh! ¿Qué es eso...? ¿Eurico? ¿A dónde,  
 A dónde vas...? ¿Qué intentas...? ¿Esa daga...?

EURICO. (Con exaltacion.)

Dejadme...

BALTA. (Asiéndole.) ¡Oh! no; detente.

EURICO. ¿Habeis vos sido  
 Quien há poco «¡detente!» me gritaba...?  
 No quiero detenerme.

BALTA. (Aparte, con espanto.) (¡Oh, Dios! delira...)  
 (Con gran ternura.)  
 Eurico...

EURICO. (Queriéndose desprender de ella.)

Sí; dejadme.

BALTA. ¿Qué te pasa?

EURICO. Dejadme...

BALTA. Yo te amo, Eurico mio;  
 Si el Rey no oyó á tu madre, la esperanza

- No te abandone.
- EURICO. El Rey es un infame  
Que va á morir.
- BALTA. (Con sobresalto y terror.)  
¿Qué dices...? ¡Oh! Me espanta  
Verte así: ¿qué delirio te enajena...?  
Nadie tu amor me arrancará del alma.
- EURICO. (Queriendo desasirse.)  
¿Quién os habla de amor?
- BALTA. ¡Piedad...! ¡Dios mio...!  
(Conteniéndole.)  
Dame la muerte, pero no te vayas.
- EURICO. Dejadme.
- BALTA. No.
- EURICO. Dejadme; morir quiero  
Vengándome... (Se desprende de ella.)
- BALTA. (Gritando.) ¡Favor!  
(Al decir esto, Theudis asoma con Hunerico y soldados, y ve á Eurico con el puñal en la mano.)

## ESCENA XII.

DICHOS, THEUDIS, HUNERICO Y SOLDADOS.

- THEUDIS. (Corriendo.) ¡Cielos! ¡Mi Balta!  
¡Asesino!
- EURICO. (Revolviéndose.) Es verdad; tú lo dijiste;  
¡Asesino...!
- BALTA. (¿Qué es esto?)
- THEUDIS. Corred, guardias.
- BALTA. (Con gran vehemencia.)  
Dejadle. ¡Por piedad!  
(Hunerico y los soldados sujetan á Eurico.)
- THEUDIS. ¿Y tú la imploras  
Por el que á darte muerte se lanzaba?
- EURICO. (Queriendo abalanzarse á Theudis.)  
¡Insensato! ¡Yo á ella! ¡A tí, sí; muere,  
Y perezca yo luego! (Le sujetan los soldados.)
- BALTA. (Aparte.) ¡Dios del alma!
- THEUDIS. ¡Villano...!
- BALTA. (¡Oh!) ¿No veis que está demente  
El infeliz?
- THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Demente?
- EURICO. (Exaltado.) ¡Atrás! Tú nada

Pidas por mí al tirano que audaz ciñe  
La diadema real, que á mí me arranca.

THEUDIS. Está loco.

BALTA. Reinar es su delirio.

EURICO. (A los soldados.)

Dejadme os dije: soy vuestro Monarca;  
Príncipe usurpador, di si tú puedes  
Reinar donde estoy yo. ¿Veis cómo calla?

THEUDIS. ¡Miserable!

BALTA. ¡Piedad! (¡Eurico mio!)

EURICO. Mirame, si te atreves, cara á cara.  
Yo debí ser tu Rey y tú mi siervo,  
O quitarte hoy el reino que tú ultrajas;  
Pero temblé cobarde, y tú venciste;  
Soy un menguado: siega mi garganta.

THEUDIS. ¡Llevalle!

BALTA. No; piedad de su demencia.

THEUDIS. Quitadle de mi vista.

BALTA. ¡Desdichada!

(Balta cae de rodillas, asiendo á Theudis, y los  
soldados se llevan á Eurico.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

---

*Salon severo y sombrío de Palacio.—En primer término, á la derecha, una puerta.*

### ESCENA PRIMERA.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO (De pié, junto á Theudis, que estará sentado al lado de una mesa.)

¿Os convencísteis?

THEUDIS.

¡Ah! Sí;

Y era formidable y vasto,  
Segun tú me lo decias,  
El plan de los conjurados.  
Un preso declaró ahora  
Que en la guerra de los vascos  
Proclamar á Teudiselo  
Por Monarca, concertaron  
Vários nobles descontentos;  
Y es cierto que él se ha ocultado,  
Desde que anoche mi fiel  
Conde de los espatarios,  
Que tuvo la delacion,  
Hizo prender á unos cuantos  
Revoltosos.

HUNERICO

Pero aún hay

Otros indicios más claros.

THEUDIS.

¿Qué ocurre, pues? Há muy poco  
Que he salido fatigado  
De la sala de los juicios,  
Y el conde de los notarios  
Y dos gardingos que siguen

A los presos preguntando,  
Nada me avisan.

HUNERICO Yo vengo  
De poner ahora en sus manos  
Varios traidores. Despues  
De publicarse el mandato  
De que ningun godo lleve  
Armas, ni ningun romano,  
No siendo de nuestra guardia,  
Vimos por distintos lados  
Llegar á casa de Agila,  
Sus espadas procurando  
Ocultar, algunos nobles;  
Y entrando súbito, hallamos  
Una reunion manifiesta  
De conjuracion, y á Usaldo  
En ella.

THEUDIS. ¿Dices verdad?  
¿Usaldo tambien?

HUNERICO Los cargos  
De los jueces está oyendo,  
Y si quereis...

THEUDIS. A ese ingrato  
Ni ver quiero: mejor fuera  
Que los traidores triunfando.  
Me librarán de una vida  
Que me hace tan desdichado.

HUNERICO Señor, preciso es seguir  
Por todas partes el rastro  
Al crimen, y que se cumpla  
La justicia en los culpados.

THEUDIS. Hacedlo como querais;  
Y dejadme, que abrumado  
De memorias y recelos  
Estoy, y en dudas naufrago. (Breve pausa.)  
Ese mancebo que fué  
Preso anoche, ¿es insensato  
Realmente? Ya casi siento  
Libertad haberle dado:  
Mas cuando hoy á verle fuí,  
No quedó duda en mi ánimo  
De que está loco.

HUNERICO Señor,

Es un pobre desdichado  
 Sin duda alguna: no piensa  
 Más que en ser Rey, y soñando  
 Con esa loca manía  
 Las horas y así encerrado;  
 Y al darle al bertad  
 No la quería, gritando  
 Que no merece ser libre  
 El hombre vil.

THEUDIS. (Aparte.) ¡Es extraño...!  
 No estoy tranquilo...) ¿Y en dónde  
 Está?

HUNERICO. No ha vuelto á palacio;  
 Pero vagar se le ha visto.

THEUDIS. Si aquí llega, desarmado,  
 Como es justo, en mis estancias  
 Dejadle entrar: al acaso  
 Quiero encontrarle; mas no  
 Lo digais á él. (Breve pausa.) ¿Y en claro  
 No has podido poner nada  
 Sobre mi esposa? En palacio  
 Y en la ciudad, de seguro  
 Habrá muchos refugiados  
 Que en Rávena morarian  
 Aquellos dias aciagos,  
 Y sabrán...

HUNERICO. Sólo hallé uno,  
 Y piensa que os engañaron,  
 Pues de vuestra esposa nunca  
 Oyó murmurar en daño.

THEUDIS. (Levantándose.)  
 ¿Será posible...? ¡Dios mio...!  
 Tal vez el infame Usaldo  
 Me vendió, y temiendo ahora,  
 Se ha unido á los conjurados.  
 ¡Que venga aquí! Quiero verle...  
 Y Vinulfo, que mi agravio  
 Me anunció, muriendo está...  
 Cuando he ido á verle, postrado  
 Con la fiebre, no ha podido  
 Escucharme, y será en vano  
 Volver. Anda tú, Hunerico,  
 Y, si vive, de su estado

Dame cuenta al punto.

HUNERICO

Voy

A obedeceros.

(Vase por el fondo.)

## ESCENA II.

THEUDIS.

—¡Qué extraño

Es todo lo que me pasa!  
 Aún dudo si estoy soñando.  
 Misterios por todas partes  
 Me cercan, y lucho en vano,  
 Y en vano me doy tormento  
 Si de comprenderlos trato.  
 Parece que contra mí  
 Se conjuran concertados,  
 El cielo con sus rigores,  
 La tierra con sus espantos,  
 Con sus misterios la muerte,  
 La vida con sus arcanos.  
 Mis ántes amigos fieles  
 Maquinan hora en mi daño;  
 De asombro y duda á llenarme  
 Viene Felda á mi palacio;  
 Turba un loco mis festines,  
 Y á su conjuro evocados  
 Hasta los muertos se alzan  
 De los fúnebres sudarios.  
 ¡Oh! Yo no sé, ni recuerda  
 Mi espíritu conturbado  
 La historia con que ese loco  
 Parecía estar contando  
 Mi historia: mas... no es posible:  
 Es que aquel recuerdo infausto,  
 Fijo entónces en mi mente,  
 Me estaba atenaceando  
 Sin compasión; y al oír  
 Hablar de un muerto en el campo  
 De noche, me estremecí

De terror involuntario,  
 Olvidando que mi crimen  
 Para el mundo sepultado  
 En el más hondo misterio  
 Está. (Con terror.) Mas yo ví á Teodato:  
 Sí; él era, era su sombra,  
 Era su espectro, que, airado,  
 Ante mí se presentaba  
 Para llenarme de espanto.  
 ¿Será que él, apareciendo,  
 Mi delito ha revelado?  
 ¿O es que el cielo me le envía  
 Sus justicias anunciando...?  
 ¡Oh! ¡Dadme luz, justos cielos!  
 Si no rige un ciego hado  
 El mundo; si es libre el hombre,  
 Y está el delito clamando  
 A vosotros, ¿qué castigo  
 Guardais en vuestros arcanos  
 Para la maldad impune?  
 ¿En dónde brillan los rayos  
 De vuestra justicia? ¡Oh!  
 De terror y sobresalto  
 Herido estoy. Si quereis  
 Castigarme, no en el antro  
 Misterioso del sepulcro  
 Me atormenteis: vuestra mano  
 Piadosa tome mi vida,  
 Si con ella os satisfago.

### ESCENA III.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO ¡Señor!

THEUDIS. ¿Y Vinulfo?

HUNERICO Ha muerto.

Pero en un momento claro  
 De su razon, al saber  
 Que vos mismo habeis estado  
 A hablarle de vuestra esposa,  
 Mandó llamar á un romano

Que letras sabe, y dictó  
Este pliego, que, sellado,  
Iba á traeros su hijo  
Al llegar yo.

THEUDIS. (Tomándole.) Estoy temblando  
De leer: bajo este sello  
Tal vez habrá...

(Después de romper el sello y mirar un momento el  
pergamino.)

¡Cielo santo!

¡Yo no sé lo que aquí leo!  
Frasas de perdon: «Proclamo  
Al morir que os engañé...»

(Muy agitado.) ¡Hunerico... yo me engaño...!  
A ver: tú sabes; lee aquí.

¿Qué dice?

(Mostrándole el pergamino, que toma Hunerico.)

HUNERICO (Mirando el pergamino.)

Si; que ganado  
Por Teodorico, os mintió,  
De liviandad acusando  
A vuestra esposa, que fiel  
Guardó constante recato;  
Y que para haceros ir  
A Italia, os tendió ese lazo  
Aquel Rey.

THEUDIS. (Iracundo.) ¡Infame Rey!  
(Ansioso.)

Pero eso, ¿es cierto?

HUNERICO (Leyendo.) «Y que á Usaldo  
Perdoneis, que de igual modo  
Os vendió.»

THEUDIS. (Arrebatándole el pergamino.)

¿Te estás burlando

De mí? ¡Si no puede ser...!

Tú no lees bien... ¡Oh!

HUNERICO Miradlo

Vos.

THEUDIS. (Trémulo y frotándose los ojos, mirando el perga-  
mino: con estupor.)

¡Y es verdad...!

(Con inmensa alegría.) ¡Y es verdad...!

¡Oh, Felda fiel...! ¡Oh, hijo amado...!

(Conteniéndose.)

Pero no. ¡Si no es posible...!

¿Y los decretos infaustos

Del destino...? Al punto, al punto,

Trae á Usaldo aquí...

HUNERICO (Volviéndose hácia el fondo.) Esperando

Estaba ya vuestras órdenes.

Aquí está...

(Aparece Usaldo conducido por soldados.)

THEUDIS (Volviendo á mirar el pergamino con ansiedad y alegría.)

¡Señor...! ¡Qué cambio...!

#### ESCENA IV.

THEUDIS, HUNERICO y USALDO.

(Los soldados se quedan en el fondo.)

THEUDIS. (Con vivísima ansiedad, mostrando á Usaldo el pergamino.)

¡Infame...! ¿Ves esto...? Aquí

Por Vinulfo al cabo es

Tu traicion probada. ¿Ves...?

¿Esto es verdad...? Habla...

USALDO. (Fria y secamente.) Si;

Es verdad todo.

THEUDIS. (Furioso.) ¡Traidor...!

(Dudando de tanta felicidad: ansioso.)

¿Y mi esposa fué inocente...?

¡Tengo un hijo...! ¡Dios clemente...!

Habla, ó teme mi furor.

¿Conque todo un ardid fué

De Teodorico, y á ruego

De aquel Rey...?

USALDO. En ese pliego

Que lo teneis todo sé.

Vinulfo me hizo llamar

Al hacer su confesion:

Mas yo á la conjuracion

Quise mi suerte fiar.

THEUDIS. ¡Traidor hasta el fin...! ¡Malvados...!

USALDO. Al mio y tu Rey servía.

- THEUDIS Y vil, ¿a la esposa mía...?
- USALDO Vuestros augurios y hados  
Culpad, no á mí; que aunque hubiera  
En Rávena aquel rumor  
Que os dijimos, ser error  
La voz popular pudiera:  
Pero en los hados creyendo...
- THEUDIS. (Furioso.) ¡Tras el crimen, la insolencia!  
Quitadle de mi presencia,  
Y que en castigo tremendo  
Pague el infiel la malicia  
De sus cobardes traiciones.
- USALDO. Para tus malas acciones,  
Rey, tambien habrá justicia.  
(Sale conducido por los guardias.)
- THEUDIS. (Antes de que desaparezca Usaldo.)  
¡Augurios...! ¡Oh...! ¿Quién hará,  
Si un hijo el cielo me dió,  
Que no sea mi hijo...? No,  
No temo al destino ya...  
¡Hunerico...!

## ESCENA V.

THEUDIS y HUNERICO.

- HUNERICO (Acercándose.) ¡Señor!
- THEUDIS. (Con ansioso afán.) ¡Ven!  
Publicad con diligencia  
De mi esposa la inocencia  
Por la ciudad: donde estén  
Los que de Italia han venido,  
Sin duda que ella estará;  
Y aunque quién es no sabrá  
Nadie, al ver que he conocido  
Mi error, y que aguardo ansioso,  
Volando con mi hijo, aquí  
Vendrá.
- HUNERICO (Yéndose.) Volando iré.
- THEUDIS. Si.  
¡Anda...! ¡Oh día venturoso!  
(Vase Hunerico.)

## ESCENA VI.

THEUDIS y BALTA.

- THEUDIS. ¡Balta! ¡Balta! (Llamando.)
- BALTA. (Saliendo.) ¡Señor...!
- THEUDIS. (Fuera de sí.) ¡Balta! ¡Hija mia!  
¡Hija mia...! Ya puedo así llamarte;  
Ven, que mis brazos quieren abrazarte  
Con paternal abrazo de alegría.
- BALTA. ¿Qué os sucede, señor?
- THEUDIS. (Atropelladamente.) ¡Oh! ¡Qué momento!  
¡Deja que de mi pecho se derrame,  
Desbordado á torrentes el contento!  
¡Oh! ¡Qué dicha, mi Balta! Pero dame,  
Dame de padre el nombre apetecido.
- BALTA. Mas ¿qué es lo que sucede?
- THEUDIS. ¿Qué sucede?  
¿No te lo dije ya? ¿No lo has oído?  
Veinte años de tormentos han huido,  
Y ser feliz el desdichado puede.  
Sí, Balta, sí; penosa mi existencia  
Largos años pasé, cual pobre preso  
A quien abrumba con horrible peso  
La inmensa carga de fatal sentencia;  
Vivi como proscrito y desterrado  
En extranjera tierra y enemiga,  
Errante siempre, con mortal fatiga,  
De congojosa soledad cercado;  
Y juguete y esclavo del destino,  
Tanto me persiguieron sus rigores,  
Que, cual ciego, cruzaba mi camino  
En una eterna noche de dolores;  
Y ahora en dichosa libertad aliento,  
Y vuelvo de mi pátria á la alegría,  
Y de mi hogar al plácido contento,  
Y alzar los ojos puedo al firmamento.  
Y ver la luz, y contemplar el día.  
Horrible maldición, calumnia odiosa  
De un hijo y de una esposa me privaron,  
Y al fin la suerte, de mi mal piadosa,  
Me devuelve ese hijo y esa esposa

- Por que tanto mis ansias suspiraron.  
 Ilusion del deseo me parece,  
 Pero es la realidad, Balta querida;  
 Aguardaba la muerte, y ya florece  
 Este caduco tronco y reverdece;  
 Tengo un hijo, ¿no ves? Amo la vida.
- BALTA. Asombrada me deja el escucharos.
- THEUDIS. Si, mi Balta; mi esposa fué inocente,  
 Y está aquí con su hijo.
- BALTA. ¿Quién cambiaros  
 Pudo de esa manera?
- THEUDIS. Yo en la frente  
 De mi hijo, pondré del pueblo godo  
 La diadema real. ¡Oh! ¡Qué alegría!  
 Y tú serás la Reina. Todo, todo  
 Para tí y para él, querida mia.
- BALTA. (¡Dios mio!)
- THEUDIS. Si; ya el nombre deseado  
 Puedes darme de padre. Hierva el gozo  
 En este triste corazon helado...  
 El contento me tiene enajenado,  
 Y hasta parece que me vuelvo mozo.
- BALTA. (Aparte, angustiada.)  
 (¡Eurico!)
- THEUDIS. (Impaciente.) ¡Cuánto tardan! Atormenta  
 Esta tardanza horrible al alma mia!  
 Al que en ansioso afan el tiempo cuenta,  
 Cada instante es un siglo de agonía.  
 (Vase.)

## ESCENA VII.

BALTA: luégo EURICO.

- BALTA. (Desolada.)  
 ¡Oh! ¿Qué es esto...? ¡Sarcasmo de la suerte...,  
 A un tiempo misma generosa y dura!  
 ¿Por qué has de darme á mí desdicha y muerte  
 Con lo que al Rey le das vida y ventura?  
 ¡Yo esposa de su hijo...! ¡Dios elemento...!  
 ¡Eurico...! ¡De otro hombre yo en los brazos...!  
 ¡Oh! cual la tuya nieblese mi mente;  
 Estalle el corazon roto en pedazos

Antes que ver la triste que te adora  
 Por insolente mano profanada  
 Tu imágen bendecida que en él mora  
 Y que jamás de aquí será arrojada.  
 ¡Eurico! ¡Eurico! A ti la desventura  
 De demencia cruel te mata impía:  
 Mas si hay muerte más fiera, si hay tortura  
 Mayor que enloquecer, esa es la mía.  
 (Se dirige desolada á la derecha, á tiempo que  
 entra Eurico.)

## ESCENA VIII.

BALTA y EURICO.

- BALTA. (Viéndole, fondo derecha, ántes que él aparezca,  
 gozosa, gritando bajo.)  
 Eurico... ¡Oh!
- EURICO. (Apareciendo: sombrío.) ¿Quién me llama?
- BALTA. ¡Quién te llama! ¡Ingrato!
- EURICO. ¡Ah!
- Sois vos.
- BALTA. ¿Desconoces ya  
 La voz de la que te ama?  
 (Con viveza.) ¿Conque ya estás libre de...?  
 ¿Conque al fin hablarte puedo?  
 ¡Ay! Mas vete: tengo miedo  
 De que te vean aquí.  
 Pero dí: ¿cómo llegar  
 Hasta este sitio has logrado?
- EURICO. A un demente desarmado,  
 ¿Qué se le puede estorbar?
- BALTA. Ten piedad, Eurico mio,  
 De la angustia en que me ves;  
 Dí, dí: ¿cuál la causa es  
 De tu funesto extravío?  
 ¿Es que al verme aquí sentiste  
 Perdida toda esperanza,  
 Y quizás en la mudanza  
 ¿De mi corazón creíste...?  
 ¿De mi amor dudaste?
- EURICO. (Indiferente.) ¿Yo?  
 Pero, ¿pensais vos, señora.

Que puedo pensar yo ahora  
 En que vos me ameís ó no?  
 Sois una Reina, y...

BALTA. No así  
 Aumentes las penas mías:  
 Dí, por Dios, ¿es que sabías  
 Que un hijo del Rey aquí  
 Está, y el temor te dijo  
 Que, tras de darle el poder  
 Supremo, el Rey me iba á hacer  
 A mí esposa de ese hijo?

EURICO. (Estallando en ira.)

¿Qué dices? ¿Tal osarán?

BALTA. (Sorprendida.) ¿No es esa de tu tormento  
 La causa?

EURICO. Ah! no: su intento

Juro que no lograrán.  
 Sí, Balta: todo mi sér  
 Un pensamiento llenaba:  
 Hasta creí que olvidaba  
 Tu amor: sobre mi deber  
 De una montaña sombría  
 Con la inmensa pesadumbre  
 Pesaba, ahogando la lumbre  
 Del amor que por tí ardía;  
 Mas hora la oculta llama  
 Con más furia estalla opresa,  
 Deshace el monte en pavesa,  
 Y el volcan rugiente brama.  
 Con esta llama voraz  
 Que sofocada pensé,  
 ¡Oh, Balta, Balta! No sé  
 De qué no fuera capaz.  
 Sí: tu desprecio, mi muerte.  
 La tuya, todo podría  
 Sufrirlo ántes, Balta mía,  
 Que en ajenos brazos verte.  
 Perdona que en mi pasión  
 Tan cruel contigo sea;  
 Mas... ¿tú ser de otro...? esa idea  
 Ni cabe en mi corazón.

BALTA. Eurico... ¿Y no es vil escoria  
 El reino que me han de dar

Junto á este bien de reinar  
 En tal corazon...? La gloria,  
 La pura y honda alegría  
 Que en esta dicha se encierra,  
 No un reino, toda la tierra,  
 Por no perderla daria.  
 Mas ¿qué hacer...? El Rey me oirá;  
 Yo le diré mi dolor,  
 O su hijo tal vez su amor  
 En otra mujer pondrá.  
 ¡Quién sabe!

EURICO.                                   Theudis tu ruego  
 No atenderá, si de hacerte  
 Reina trata; y su hijo, al verte..  
 Sí, Balta, quedará ciego.  
 Pero no te inquietes.

BALTA.                                   (Gozosa.)                                   ¿Qué  
 Me dices? ¿Podré esperar...?

EURICO.                                   Balta, no puede reinar  
 El hijo del Rey: lo sé.

BALTA.                                   Pues ¿qué pasa?

EURICO.                                   No te asombre  
 Que asegure lo que es ley  
 De justicia: un Rey es Rey,  
 Pero libre es todo hombre.

BALTA.                                   (¡Desvaría!)

EURICO.                                   Yo, primero  
 Vacilé, dudé, es verdad;  
 Mas tengo mi libertad,  
 Y ya vacilar no quiero.

BALTA.                                   (Alarmada.) ¡Eurico!

EURICO.                                   Las galerías  
 Conozco y los corredores  
 De este palacio: no llores,  
 Que pronto tus agonías  
 Cesarán: ya he demandado  
 Justicia al Rey, y la habrá;  
 Y su hijo no gozará  
 Del poder que me han robado,  
 Ni tu amor.

BALTA.                                   (Angustiada.) Eurico mio...

EURICO.                                   Déjame, mi bien.

BALTA.                                   De mí

No te separes así.

EURICO. Soy libre.

(Váse fondo derecha.)

BALTA. ¡Qué desvarío!

## ESCENA IX.

BALTA: luégo TUSCIA.

BALTA. ¡Dios mio! ¡Qué turbacion  
En su espíritu! Estremece  
Pensarlo. Sí, sí; parece  
Que se apaga su razon.  
¡Oh pensamiento cruel!  
Antes que ver extinguida  
Esa hermosa luz, la vida  
Quitame, Señor, y á él.

TUSCIA. (Entrando, izquierda.)

¡Balta, hija mia!

BALTA. (Corriendo á abrazarla.) ¡Tú aquí!

TUSCIA. Há ya tiempo que he llegado  
Y en tu estancia sola he estado  
Hasta que al Rey salir ví.  
¿Y mi Eurico...? Mas... ¿qué tienes?

BALTA. Tuscía, Tuscía; ahogarme siento.  
¡En qué angustioso momento,  
En qué triste instante vienes!  
Aunque el Rey no te escuchó.  
Mi esperanza no moria;  
Pero ahora ya, Tuscía mia,  
No espero nada.

TUSCIA. (Llorando.) Ni yo.

¡Ay! Pero ántes de dejarte  
Para siempre, darte quiero,  
Mi Balta, el adios postrero  
Y mi último abrazo darte.

BALTA. ¿Qué es lo que dices?

TUSCIA. ¡Ah! sí;

Excede á mi sufrimiento  
Prolongar más el tormento  
De permanecer aquí (1).  
Ayer para Eurico hallar

(1) Los ocho versos que siguen pueden suprimirse en la representación.

Pensaba en el Rey un padre...  
 ¡Oh, Balta! El amor de madre  
 ¡Cuánto nos hace soñar...!  
 Y ahora, no, tú comprender  
 No puedes, Balta, la pena,  
 La angustia que me enajena  
 Sólo este palacio al ver.

BALTA. ¡Oh! ¡Cesa de atormentarme!  
 ¡Tuscía, por Dios!

TUSCIA. ¡Balta mia!  
 Que fueras mi hija queria,  
 Y madre tuya llamarme.  
 El cielo me niega ya  
 Ese bien apetecido;  
 Mas tu recuerdo querido  
 Siempre conmigo estará.  
 ¡Adios! (Besándola.)

BALTA. ¡Tuscía! ¡Qué cruel  
 Eres...! ¡Infeliz de mí!  
 ¡Oh! ¡No te vayas de aquí!  
 ¡No me separes de él!

TUSCIA. ¡No aumentes con tu dolor,  
 Balta, mi pena sombría!  
 ¿Qué le queda ya, hija mia,  
 A ese desdichado amor?  
 ¡Adios...! ¡Adios! (Váse hacia la puerta.)

BALTA. (Clamando.) Se me parte  
 El corazón, Tuscía... No;  
 No me dejarás, ó yo,  
 Si te vas, no he de dejarte.  
 No puedo.

TUSCIA. Balta, ¿qué dices?

BALTA. Que si te vas, yo te sigo,  
 Y con mi Eurico y contigo  
 Seremos los tres felices.

TUSCIA. ¡Balta!

BALTA. (Con gran viveza.) Sí: ver su ambición  
 Burlada á Eurico enloquece,  
 Y que se anubla parece  
 Aquella hermosa razón.  
 No sabes lo que ha pasado  
 Aquí, ni quiero contarte,  
 Tuscía, por no atormentarte,

Lo que he sufrido y llorado.  
 Huyamos de España, sí,  
 Tuscia, y en cualquier lugar  
 Podremos tal vez hallar  
 La dicha que no hay aquí.  
 A donde vayas iré;  
 Moraré donde tú mores;  
 El mismo Dios que tú adores,  
 La misma pátria tendré.

TUSCIA. ¡Balta! (Con expresion tiernísima.)

BALTA. ¿Qué dices?

TUSCIA. ¡Ay! Esos  
 Extremos de amor me obligan...  
 ¡Oh, Balta, que te lo digan  
 Mis sollozos y mis besos!  
 ¡Hija mia! Renunciar  
 A la gloria que te espera  
 Aquí...

BALTA. No: que me muriera  
 Sin vosotros de pesar.  
 Renunciar á él, si tanta  
 Fuera mi desdicha, no...  
 No sé; mas ¡ser de otro...! ¡Oh!  
 Pensarlo sólo me espanta.  
 Sí: ¿qué hacemos aquí ya...?  
 Huyamos, mas con premura,  
 Que esa inmensa desventura  
 Amenazándome está.  
 A su hijo abandonado  
 Hoy recobra el Rey, y...

TUSCIA. (Ansiosa.) ¿Qué?

BALTA. (Desolada.)  
 Que yo su esposa seré...

TUSCIA. (Agitadísima.)  
 (¿Mi oído me habrá engañado?)  
 ¿Dices que el Rey á su hijo  
 Recobra?

BALTA. (Con pena.) Sí: que es patente  
 Que su esposa fué inocente;  
 Y que están aquí me dijo,  
 Aquí, en la córte, los dos.

TUSCIA. (Como loca, turbada.)  
 ¡Balta...! ¡Me ahogo! ¡Ay de mí!

- ¿Quién podrá dudar de tí,  
Santa justicia de Dios?
- BALTA. (Ansiosa y asombrada.)  
¡Tuscía...! ¡Si no puede ser!  
¡Habla! ¿Tú eres...? Anhelante  
Me tienes.
- TUSCIA. En este instante  
Soy la más feliz mujer.
- BALTA. (Gritando.)  
¿Tú...? ¿Mi Eurico...? ¿El Rey su padre?  
¡Va á matarme la alegría!  
¡Oh, Tuscía, Tuscía!
- TUSCIA. (Abriendo los brazos.) ¡Hija mia!
- BALTA. (Cayendo en ellos.) ¡Madre!
- TUSCIA. ¡Sí, Balta, tu madre!  
(Pausa.)
- BALTA. Pero ¿no es esto soñar?  
¡Dios mio! ¡Qué feliz soy!  
No, no; si soñando estoy,  
Yo no quiero despertar.  
Tuscía, dí, ¿no es ilusion?  
¿No es engaño del deseo?  
Habla, por Dios, que no creo  
Tanta dicha.
- TUSCIA. (Con viveza.) ¿Qué razon,  
Dime, á Theudis ha llevado  
A confesar mi inocencia?  
¿El, que ayer de mi presencia  
Se alejó desesperado?  
Dí, ¿cómo ha sido? ¿Es verdad  
Que me cree fiel? ¿Que á su hijo  
Recibe? Dí, ¿qué te dijo?  
Tan grande felicidad,  
Tanta ventura, no acaba  
Mi corazon de creer;  
Que eso es el cielo entrever,  
Y yo en un abismo estaba.  
¿Qué te dijo el Rey á tí?
- BALTA. Ya te lo dije: que fué  
Su esposa inocente, y que  
Estaba con su hijo aquí.  
No más.
- TUSCIA. (Ansiosa.) ¿En dónde estará?

- BALTA. Para buscarte marchó.  
¿Y Eurico?
- TUSCIA. De aquí salió  
Há poco tambien: quizá  
A tu casa volveria.
- BALTA. A buscarle volaré.  
Tú al Rey, que á encontrarte fué,  
Y al cuartel romano iria.
- TUSCIA. Vamos.
- BALTA. Vamos.
- TUSCIA. Me enloquece  
La alegría, y me devora  
La ansiedad.
- BALTA. Un siglo ahora  
Cada instante me parece.  
(Vánse fondo derecha.)

## ESCENA X.

EURICO.

(Sale recatándose por la derecha.)

Nadie... y nadie me vió á mí  
Donde ocultarme logré:  
Mas el Rey allí no fué;  
Acaso le encuentre aquí.  
Acabemos pronto, sí;  
Que ya este temor villano  
Me afrenta; y aunque es en vano  
Que le quiera desechar,  
Ni el pecho ha de flaquear  
Ni me ha de temblar la mano.

Pues que Theudis á traicion  
Dió á mi padre muerte impía,  
Hasta el abismo yo iria  
A arrancarle el corazon.  
Mas ¿por qué esta turbacion  
Vuelve á asaltar mi conciencia?  
¿Es verdad que la demencia  
Y del hombre la malicia  
Burla un Dios con la justicia  
De una eterna Providencia?

No; si así fuese, no habria

Tanta víctima inocente,  
 Ni tanto crimen patente  
 Como se ve, se vería.  
 ¡Oh! Quisiera el ánsia mía  
 Rasgar el velo mortal;  
 Saber quisiera en el mal  
 De este ardor en que me abraso,  
 Si es que la vida es un paso  
 Para una vida inmortal.

Si; mi mente bien concibe  
 Esa ignorada existencia  
 Donde tal vez su sentencia  
 La eterna Justicia escribe:  
 Aquí castigo recibe  
 Por eso el crimen también;  
 Que para que idea den  
 De sus rayos espantosos,  
 Relámpagos pavorosos  
 De esa justicia se ven.

En mi fiera desventura,  
 Valedme, ¡divinos cielos!  
 Decidme si mis anhelos  
 Son crimen ó son locura:  
 Si la venganza segura  
 En vuestros juicios teneis,  
 ¿Para qué saber me haceis  
 Lo que no debo vengar?  
 Y si al Rey debo matar,  
 ¿Para qué me deteneis?

Mas no me detengais, no,  
 Que aunque el bien pararme fuera,  
 Libre soy, y más quisiera  
 El mal, haciéndole yo:  
 Con quien sin piedad mató,  
 No querais tener piedad;  
 Y pues mostró la maldad  
 Vuestra sábia Providencia,  
 Para cumplir la sentencia  
 Dejadme la libertad.

(Se dirige sombrío y terrible hácia el fondo.)

## ESCENA XI.

EURICO y THEUDIS.

- THEUDIS. (Viene por el fondo izquierda.)  
¡Ah, villano Teudiselo!  
Pero no verá logrado  
Su crimen: no hay fatal hado. .
- EURICO. (Recatándose.)  
Pero hay justicia en el cielo.
- THEUDIS. ¿Quién habló? ¿Es mi conciencia?  
Nadie veo en torno mio.  
¿Quién eres? (Viéndole.)
- EURICO. El albedrío.
- THEUDIS. (¡El loco!)
- EURICO. (Viniendo á él.) ¡Y la Providencia!
- THEUDIS. ¡Déjame! (Yéndose.)
- EURICO. Que me has de oír.
- THEUDIS. Despues...
- EURICO. (Deteniéndolo.) ¡Ahora!
- THEUDIS. ¡Insensato!
- EURICO. Ayer empecé un relato,  
Y le debo concluir.  
Nos quedamos en que un dia  
El espectro apareció  
De Teudo, y se descubrió  
Del conde la alevosía.  
Y él, que en su crimen villano  
Impune y seguro ya  
Se creía, á sentir va  
De la justicia la mano.  
Era ya Rey, y temió  
Que una revuelta triunfase,  
Y de que nadie llevase  
Armas, el decreto dió;  
Pero olvidó por su mal  
A un loco que despreciaba,  
Y que guardado llevaba  
Bajo su sayo un puñal.
- THEUDIS. (Espantado.)  
Pero ¿qui in eres tu?
- EURICO. ¿Qué  
Te importa? Fiero asesino,

Soy la justicia, el destino,  
 El mal quizá; no lo sé.  
 (Saca el puñal.)  
 Pero si es el mal mi anhelo,  
 Libre soy; no hay esperanza  
 Para tí; que mi venganza  
 Se cumpla; despues, el cielo  
 Su justicia haga cumplir.

THEUDIS. ¡Asesino...! ¡Favor...!

EURICO. ¡No!

Rey, el que á hierro mató,  
 A hierro debe morir.

(Le hiere: Theudis cae; Eurico queda petrificado.)

## ESCENA XII (1).

DICHOS, HUNERICO, GUARDIAS.

HUNERICO (Cogiendo á Eurico y amenazándole.)

¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡El Rey asesinado!  
 ¡Desventura y horror! ¡Infame, muere!

THEUDIS. (Incorporándose y apoyándose en un triclinio, donde luégo le sostienen Tuscía y Hunerico.)

¡No; dejadle, dejadle! Ha traspasado  
 Mi pecho; pero es Dios el que me hiere.  
 Sangre inocente ante el divino Trono  
 Clamaba contra mí: mi fin merezco...  
 Mi muerte á ese mancebo le perdono,  
 Y porque quiso el mal le compadezco.  
 Retiraos, dejadle: justiciera  
 De Dios verá la mano...

EURICO. (Aparte.) (Siento frio  
 Dentro del corazon; morir quisiera.)

## ESCENA XIII Y ULTIMA.

DICHOS, BALTA y TUSCIA.

BALTA. (Entrando presurosa, hablando con Tuscía.)  
 ¡Allí está!

TUSCIA. (Clamando gozosa.)

¡Eurico mio!

EURICO. (¡Aquí mi madre!)

(1) Para la representacion se suprime esta escena, y entran, Theudis herido, Balta, Tuscía y Hunerico.

- BALTA. (Aterrada al ver lo que pasa.)  
¡Cielos! ¿Qué es esto?
- EURICO. Yo le herí.
- TUSCIA. (Desolada y convulsa, corriendo á Theudis.)  
¡Dios santo!
- THEUDIS. ¡Dejadle! Le perdono.
- TUSCIA. (A Eurico.) ¡Tú...! ¿A tu padre...?
- EURICO. (Grito de espanto.)  
¡Mi padre!
- THEUDIS. ¡El mi hijo!
- BALTA. (Con penetrante grito.) ¡Horror y espanto!
- EURICO. (Aterrado.)  
¿No es mi padre Teódato?
- THEUDIS. ¡Oh Providencia  
Sábía y tremenda, tu justicia adoro...!  
Yo á Teodato maté...
- EURICO. (Clamando anonadado.)  
¡Dios de clemencia!  
¡Libre obré el mal! ¡Terrible es mi sentencia!
- TUSCIA. ¡Señor, Señor!
- THEUDIS. Benigno fué conmigo  
Si mi sangre mi deuda satisface:  
No mires que su culpa es mi castigo...  
Ven, hijo, que te vea, que te abrace  
Una vez al morir... ¡Yo te bendigo!  
(Eurico, vacilante, llega á arrodillarse á los piés de  
Theudis.)

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

## NOTA.

Agradecidísimo al favor que el público y la crítica han dispensado á este drama, y aceptando con respeto y gratitud los consejos que se me han dado al señalar sus defectos, cúmpleme hacer alguna aclaracion en lo que se refiere al alcance y significacion de la obra.

Miéntas que algunos críticos de la escuela racionalista han dicho que el *Theudis* tiende á mostrar que la libertad es funesta, y que debe entronizarse el absolutismo, tal cual crítico católico entiende que la obra resulta fatalista, y alguno añade que antimonárquica.

No hallando manera de concertar juicios tan contradictorios, debo decir únicamente que, al escribir mi drama, se le leí, según costumbre de muchos, á un autor ilustre, de excelentes doctrinas (alejado, por desgracia, de la escena hace algunos años), para oír su autorizadísimo parecer; y al dispensar, como lo hizo, á mi produccion la más lisonjera acogida, me aconsejó que, por lo que se refiere á la tendencia filosófica de la obra, que él encontraba buena, consultase con quien tuviese autoridad en la materia. Hicelo así; y censores de cuya competencia en este punto nadie dudaria, me dijeron que el *Theudis* mostraba la coexistencia de la Providencia divina y de la libertad humana, y, como consecuencia, que el hombre es responsable del mal que obra, producto de su albedrío, siendo errónea la doctrina del fatalismo y del hado. Por eso las estrellas y predicciones en que *Theudis* creía, quedan burladas con la proclamacion de la inocencia de su esposa; pero al propio tiempo, *Theudis* es castigado por su crimen, y Eurico, instrumento de esta justicia, recibe también su merecido por haber obrado libremente el mal, rechazando las inspiraciones de su conciencia, que le decian que no diese muerte á *Theudis*.

Tal ha sido, en efecto, mi única intencion al escribir el drama. Si no ha resultado clara para algunos, será porque no esté bien de manifiesto, ó porque ellos no hayan mirado detenidamente; pero no hay por qué decir que he hecho un drama ni absolutista, ni antimonárquico, pues no se trataba, ni remotamente, de tales cosas.

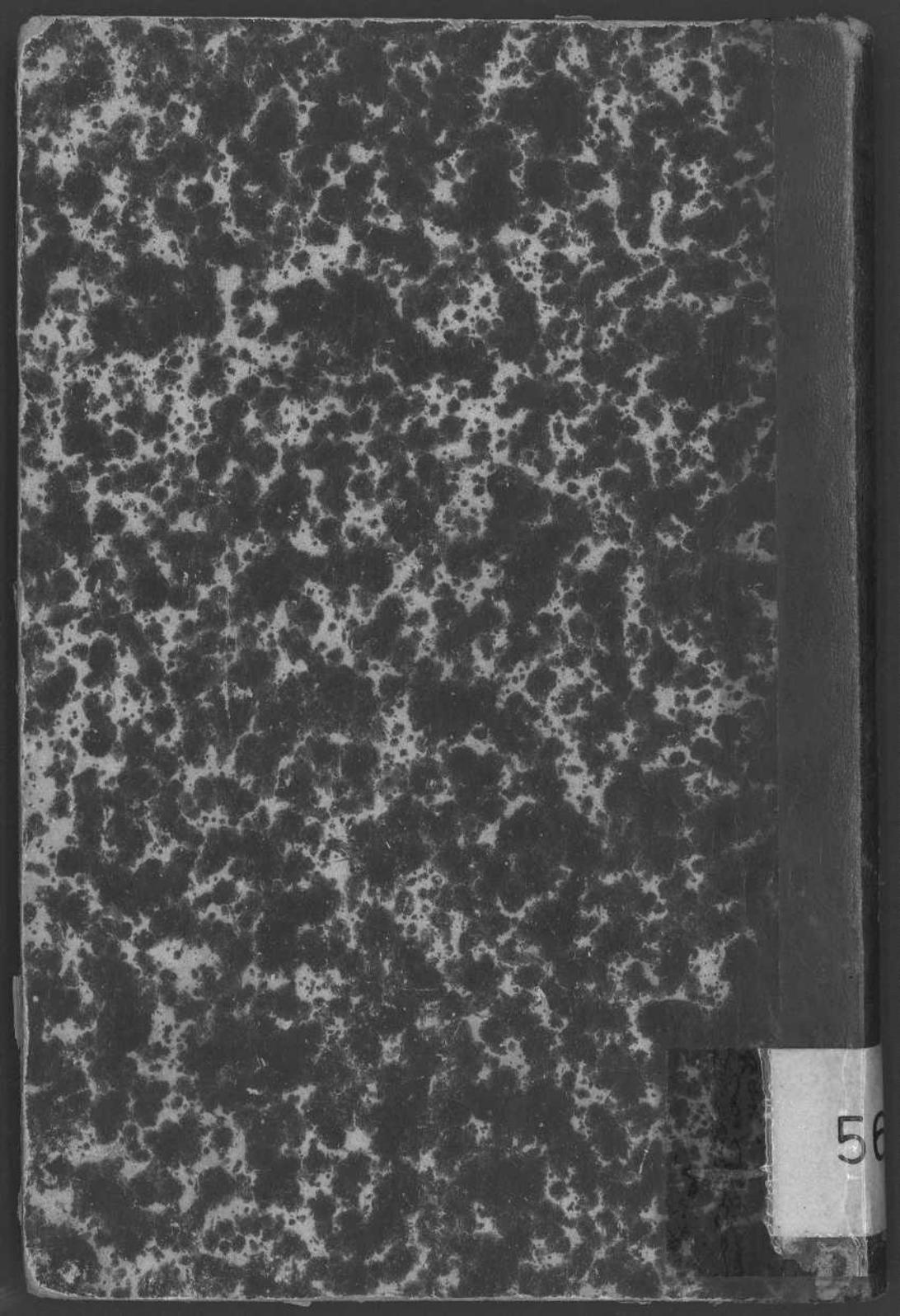
No debo concluir sin manifestar mi profunda gratitud á los actores encargados de interpretar mi obra, por el cariño y acierto con que lo han hecho, y especialmente á mi querido amigo el insigne Rafael Calvo, á cuya inspiracion de actor y á cuyos consejos debo en gran parte el éxito de mi trabajo.











56

STANDARD BOOKS

FOR THE

LIBRARY OF CONGRESS

WASHINGTON

D. C.

1850

33